

Examen de las investigaciones sobre los aborígenes de España mediante la lengua vasca

por

GULLERMO DE HUMBOLDT

Traducción directa del alemán (2.^a edición) por Telesforo de Aranzadi

Manuscrito (de 145 páginas en folio escritas a mitad) existente en la Biblioteca Nacional en Berlín. También existe una copia de amanuense (de 226 páginas en folio escritas a mitad) con correcciones de mano de Humboldt. Los manuscritos muestran una división en 74 párrafos; los presentes párrafos, 5, 19, 20, 23, 24, 29 y 43 son contracción de varios de los primitivos. El epígrafe primitivo dice: «Acerca de la utilidad, que presta el conocimiento de la lengua vasca en las investigaciones sobre los aborígenes de la Península Ibérica»; en su lugar apareció después: «Examen de las investigaciones sobre los aborígenes de Iberia por medio de la lengua vasca» y solo después en la copia el epígrafe definitivo. Primera impresión: Examen de las investigaciones sobre los aborígenes de Hispania mediante la lengua vasca. Por Guillermo de Humboldt. Berlín, 1821. Imp. Fernando Dümmler. VIII y 192 páginas. El índice se halla entre el prólogo y el texto.

N. del T.—La nota precedente es de Alberto Leitzmann al comienzo de este trabajo, como número 3 del cuarto tomo (1820-1822) de las obras de Guillermo de Humboldt, editadas por la Academia prusiana de Ciencias en 1905.—La traducción de D. Ramón Ortega y Frías (Madrid 1879) lleva por epígrafe: «Los primitivos habitantes de España. Investigaciones con el auxilio de la lengua vasca».

Que la traducción de Ortega y Frías no es directa del alemán, sino del francés, se evidencia p. ej. en que en el capítulo XVII dice *migna* en vez de *miña* y poco antes traduce Aesche por ceniza en vez de fresno, a pesar de que sigue a continuación el nombre latino *Fraxinus*. Algún error trasciende hasta el diccionario de Azkue, en que *Troka* aparece como baile con castañuelas, siendo así que Humboldt dice «mit Knitteln» y en este trabajo lo llama *troquiua* y Ortega y Frías *Troquia*. Pero conste que D. Resurrección María de Azkue sabe muchísimo más alemán, que Ortega y Frías y que el traductor francés; lo que hay es que no pudo disponer del original alemán, ni tampoco del Diario del viaje de 1801, en que se ve claramente, que se trata ni más ni menos que de la *makil dantza*. En las traducciones, a que hacemos referencia, hay otros muchos errores, malas interpretaciones y también supresión de frases y de notas enteras, que debemos atribuir al traductor francés v no al español. Sirva este caso de advertencia a las muchas personas, que creen que basta entender el francés para enterarse de todo lo que de valor se publique en el mundo.

En la presente traducción las notas del editor (Alberto Leitzman.— Academia Prusiana de Ciencias) van con números arábigos; las del autor y las del traductor con estrellas. Los paréntesis con número arábigo y sin nota que le corresponda, son referencias a capítulos de la obra misma.

La ortografía del euskera se conserva tal como era en Astarloa, Erro y la reproduce el autor; creo que la fidelidad al autor y a las citas, si no lo exige, por lo menos lo hace conveniente, tratándose de lectores, que consultan obras antiguas.

Aunque algunas de las notas del traductor parezcan rectificaciones, se han limitado a lo puramente necesario, sin extenderse en glosas críticas de métodos, etimologías y conclusiones que el autor considera incontrovertibles, a pesar de que él mismo entrevera los párrafos contundentes con otros muy oportunos, aunque estén distanciados en otras páginas. Por lo demás, en un siglo, transcurrido de entonces acá, se ha acudido a dilucidar el problema eusko-ibérico mediante otras ciencias, que no son más endebles, que la de las etimologías.

PRÓLOGO

Al entregar el presente escrito al público, deseo de preferencia que pueda servir para enlazar con ello otras investigaciones acerca de la primitiva población de toda la Europa occidental y meridional. En las hasta hoy efectuadas queda todavía evidentemente mucho de incierto y oscuro. Un medio sencillo e importante para prestarles más claridad y certidumbre es la utilización de las lenguas indígenas que desde la más remota antigüedad se han conservado en algunas partes de la Europa occidental. Con las de Gales y Baja Bretaña, así como el gaélico (*) y el irlandés, se han hecho ya ensayos de esta clase con frecuencia, si bien los trabajos, en que esto ha sucedido, requieren un nuevo cernido de lo verdadero entre lo falso, de lo cierto entre lo dudoso. En cambio de la lengua vasca, hasta los más recientes escritos de doctos, españoles, se había hecho todavía poco uso para estos fines y además aquellos escritos no tienen tampoco por objeto propiamente la investigación actual, sino que solo incidentalmente entran en ello. Sin embargo únicamente el conocimiento del vascuence puede conducir a reconocer justamente lo que es peculiar de los iberos y los diferencia de los celtas y otras naciones, y solamente, cuando se haya hecho más luz acerca de estas antiguas tribus, se habrá ganado también una base más segura para las investigaciones acerca de los aborígenes de Italia. Que en esto se haya conseguido tan poco hasta hoy, consistía sobre todo en que se empezó en sentido inverso. En vez de escudriñar qué pueblos primitivos se habían asentado en aquellos países, con los que Italia pudo un tiempo haber tenido identidad de habitantes y qué vestigios de su existencia han quedado en nombres de lugares y en idiomas, para de este modo llegar al conocimiento de la primera materia, sobre la que se pudiera topar en el análisis de los monumentos itálicos, se empleó meramente el griego y el latín para las explicaciones, sin reflexionar que las inmigraciones helénicas,

(*) N. del T.—Se refiere a la lengua de los montañeses de Escocia.

por cierto, no habían sido las más tempranas y que la lengua latina necesitaba ante todo disecarse en sus elementos.

Por estos motivos me ha parecido, aun cuando no solo se considere a España, de más importancia general el determinar con la mayor exactitud posible el concepto de los iberos y de la lengua ibérica. Aquellos, que tomen interés en trabajos de esta especie, pueden juzgar hasta qué punto he realizado lo que en justicia se pudiera esperar. Como casi todo en esta investigación se reduce a pruebas etimológicas, se cierne ante mis ojos sobre todo el recelo, que las etimologías suelen despertar de ordinario. Para salir al encuentro de esto he intentado apoyarlas siempre en rigurosa analogía lingüística y he preferido más bien pasar por alto un gran número de nombres de lugar, que no admitir derivaciones, que no estaba en situación de concluir analógicamente. De seguro que por eso otros, más intimamente familiarizados con el vascuence, podrán añadir todavía un gran número de nombres de lugares derivados de aquél. Solo que aun así tienen que quedar muchos sin derivar. Puesto que en los nombres españoles de lugar, además de las sílabas radicales vascas, hay escondidas otras célticas, griegas, y seguramente fenicias y cartaginesas, solo sería posible una derivación de todos los nombres españoles en tanto que se consultase a la vez a todos estos idiomas.

Probablemente se juzgará con más disparidad, que sobre los nombres derivados del vascuence, sobre aquellos, a los que atribuyo un origen celta. Los partidarios decididos del sistema del dominio exclusivo del vascuence en España derivarán muy probablemente también estos nombres de sílabas radicales vascas y cuán difícil puede ser el juicio acerca de esto lo he mostrado yo en el nombre de los *arevacos* (Véase la última nota del § 30). El ensayo se hace aquí necesario. Yo solo puedo asegurar, que he emprendido la investigación con completa imparcialidad, que yo estaba preparado lo mismo para hallar vestigios del vascuence en todos los nombres no propiamente exóticos, como solo en una parte de ellos, pero que la convicción de la heterogeneidad de algunos me ha forzado de tal manera, que me hubiera sido imposible contrariarla.

En los presentes escritos me he referido con frecuencia a mi trabajo anterior, incorporado al *Mithridates* y hará bien, quienquiera que desee examinar más detenidamente las presentes investigaciones, sin estar versado por otra parte en el vascuence, en hojear por completo aquel escrito previamente para familiarizarse

con la fonética y la formación de palabras del idioma. Sin embargo, como allí solo era mi propósito el explicar y rectificar algunos puntos guiado por el trabajo de Adelung, hubiera intentado tiempo ha suministrar algo más completo sobre la lengua vasca, si no se hubiese renovado de tiempo en tiempo la esperanza de que en España misma apareciese una obra mas importante sobre esto. En tanto está ciertamente en cuestión, si se podría esperar que fuera realidad pronto en las presentes circunstancias.

Donde he aceptado etimologías de Astarloa, Erro u otros para nombres de lugares, me he referido expresamente a sus escritos. Donde no ha sido así proceden de mí. Lo hago notar solo para que no se atribuya a dichos autores aquello de que yo fuera responsable.

Parecerá quizás extraño que este trabajo no se haya escrito en una lengua, que le hubiese procurado más lectores en el extranjero. Su objeto parecía en cierto modo exigirlo así y hubiera sido quizás mejor el seguir solo esta consideración. Pero por otra parte tiene también mucho a su favor, tal como acostumbran a hacerlo los escritores de otras naciones, el escribir siempre en su lengua materna o en la del país en que se vive. Además es innegable que el conocimiento del alemán hace tan grandes progresos en el extranjero, que la ventaja de poder leer a cada escritor en su propio idioma muy pronto ya no será de preferencia nuestra.

1

Ensayos hasta hoy realizados para utilizar la lengua vasca en las investigaciones sobre los aborígenes de España.

España se cuenta entre los pocos países que ofrecen, la posibilidad de aclarar la cuestión de su primitiva población por medio de una lengua aún viva dentro de sus fronteras. A pesar de ello este importante medio auxiliar ha quedado largo tiempo sin utilizar y solo desde hace menos de 20 años se han empezado a servirse de ella de un modo más serio. Dos escritores españoles, D. Pablo Pedro de Astarloa y Juan Bautista de Erro y Aspiroz, aquél en su *Apología de la lengua Bascongada* y éste en su *Alfabeto de la lengua primitiva de España* y en su *mundo primitivo*, han sido quienes más han trabajado en esto, si bien algo ya se había hecho antes por Larramendi, en el prólogo a su diccionario vasco y. por Hervás en el *Catálogo delle lingue conosciute* (p. 200-233) (1). Estos autores tropezaron en España misma con muchas contradicciones, como lo demuestran los escritos polémicos acerca de ello (*); no se puede negar tampoco, que extienden demasiado lejos sus aseveraciones y con ello produjeron recelos contra lo que realmente era verdad. Una nueva iluminación imparcial de la investigación sobre los aborígenes de la antigua Iberia (en cuanto con este nombre se entienda toda la Península, España y Portugal en junto) podría parecer, según esto, no sin utilidad. La cuestión, sin embargo, no carece

(1) Noticias más exactas sobre las obras aquí citadas, con excepción de la segunda de Erro se encuentran en el tomo 3, 224, nota I, 252 nota I, 270, 302 nota I. *El mundo primitivo o examen filosófico de la antigüedad y cultura de la nación bascongada* por Erro apareció en Madrid en 1815.

(*) La Apología de Astarloa es contra D. Joaquín de Tragia, autor del artículo: Navarra en el diccionario geográfico-histórico, editado por la R. Academia en Madrid y Erro da *Observaciones filosóficas en favor del Alfabeto primitivo* (2), en que contesta a un contradictor, quien bajo el nombre apócrifo de un párroco de Montuenga le había atacado, como antes a Astarloa. El escrito contra Erro se halla en compendio en las *Mémoires de l'Académie Celtique*, tomo 3, fascículo 8, p. 291 (3).

(2) Estas «Observaciones filosóficas en favor del alfabeto primitivo o respuesta apologética a la censura crítica del cura de Montuenga» aparecieron en Pamplona en 1808.

(3) El autor de la Censura crítica del alfabeto primitivo de España y pretendidos monumentos literarios del vascuence por el cura de Montuenga era Conde.

de dificultades. Así como a los escritores antes mencionados y a todos los escritores indígenas se les echará en cara siempre la demasiada predilección de querer derivar todo de su idioma, así también se opondrá al extranjero el conocimiento defectuoso del idioma. En realidad los medios auxiliares existentes para aprenderlo, en parte en sí mismos, en parte porque no se dispone con igual utilidad de cada uno de los diferentes dialectos (*), no permiten integridad completa y es de lamentar bastante que las obras arriba citadas contengan de la lengua relativamente muy poco de positivo y que sus autores no han considerado cuánto más hubieran aprovechado y persuadido por una contribución más completa del conocimiento del idioma, que no por sus razonamientos filosóficos. En cambio justamente el extranjero por estos motivos discernirá solo aquello realmente evidente y que a la vez se presente por sí mismo, y caerá menos en el peligro de demostrar demasiado. Lo más importante en investigaciones de esta clase es, sin embargo, el limitarlas a lo que se puede elevar a un grado de certidumbre. Si el camino, que para esto se toma (y ello depende más del método), es el adecuado, se ensanchará más y mas el terreno con la adquisición del conocimiento más completo, mientras que por el contrario, si se entra desde el principio en barruntos y simples verosimilitudes, en ninguna parte puede hacer pie con seguridad.

2

Empleo de la lengua en los nombres de lugares.

Los antiguos escritores nos han dejado un gran número de nombres españoles de lugares, relativamente mayor que de ningún otro

(*) Comp. mis rectificaciones y adiciones a la sección I del tomo 2 del Mithridates, sobre todo las pp. 63-72 (I). Se deduce de aquí que los mejores medios auxiliares gramaticales, que poseemos, pertenecen al vizcayno, los mejores de léxico al guipuzcoano, en cambio del labortano casi nada se ha impreso de verdaderamente útil. Astarloa, que ha muerto en Madrid hace años, ha dejado importantes colectáneos y una gramática del vascuence, que se hallan en manos de su amigo Erro. Cuando dirigí hace algunos años a éste el ruego de que me lo participase, me respondió que él tenía la intención de editarlos o por lo menos utilizarlos en sus propios escritos. Es muy de desear que pueda hacerlo muy pronto y por completo. He de notar que las mencionadas rectificaciones las cito siempre según la impresión especial de la librería de Voss en Berlín 1817, pues he podido hacer la última corrección en esta por mí mismo.

(I) Comp. Tomo 3, 267.

país, si exceptuamos Grecia e Italia. Estos nombres darán la materia, sobre la que intento aplicar la lengua vasca. Mediante ellos, los monumentos más antiguos y duraderos, una nación ha largo tiempo pretérita nos refiere por así decirlo por sí misma sus propios destinos y lo único cuestionable es, si su voz nos es todavía comprensible. Me esforzaré en tomar de ello tanto, cuanto pueda con seguridad, pero también me contendré en los límites señalados en el epígrafe de este trabajo. No se espere, por tanto, aquí un tratado sobre los aborígenes de España en general, sino solo en la relación indicada. Precisamente esta limitación la tengo por necesaria y provechosa. En general la cuestión la han tratado ya varios y en parte a satisfacción. Se puede decir que, sobre todo por los esfuerzos atinados de Mannert, muchas graves dificultades se han desembarazado ya. No obstante me pareció que no era inútil el repetir estas investigaciones con un medio auxiliar, que entre nosotros aún no se ha usado, y los escritores indígenas no siempre lo han usado con tino. Tal trabajo debe, me parece a mí, llenar el doble fin de confirmar sobre la historia del país y de la nación lo reconocido y aseverado por otros motivos, o rectificar y aclarar las cuestiones acerca de la extensión, parentesco y origen de la lengua vasca, sobre lo cual hasta hoy con tanta incertidumbre se bamboleaban las opiniones.

3

Los nombres de lugares nos han llegado defectuosos y desfigurados.

Como los nombres propios derivan ordinariamente de apelativos y en su origen son significativos, no hay duda, que si los antiguos geógrafos e historiadores nos hubieran podido transmitir sin adulteración todos aquellos que procedían de España, la cuestión en que nos ocupamos estaría resuelta con mucha facilidad. Pero ni siquiera han tenido este designio y aún menos han puesto cuidado en conservar la fonética, que les sonaba a bárbara. Plinio (ed. Hard. I. 136, 14. 144, 11. 12.) confiesa expresamente, que en la enumeración de las ciudades ibéricas tuvo en cuenta, si sus nombres eran fáciles de pronunciar en latín (*). Pomponius Mela (III, 1, 10.) dice: hay entre los cántabros diferentes pueblos y ríos, cuyos nom-

(*) Ex his digna memoratu, aut Latiali sermone dictu facilia cet.

bres, sin embargo, no podemos pronunciar, y Strabo (III. 3. p. 155, Cas.) se asusta de amontonar los nombres e intenta evitar lo desagradable de su transcripción, o cuando lo hace extraña que alguien halle placer en oír hablar de *Pleutaures*, *Bardyetes*, *Allotriges* y otros aún más ásperos e insignificantes. En realidad debió dar otros aún más desagradables, pues los nombrados contienen aún sílabas de sonido muy griego. Se ve pues que los antiguos escritores solo nos comunicaron una selección de nombres y precisamente pasaron por alto los más peculiares. Como su eterna lamentación contra todos los nombres bárbaros es por su falta de significación y sus muchas sílabas (*), es posible que también hayan abreviado varios de los mencionados por ellos y no solo hayan retorcido a medida del oído griego o romano, sino también a medida de palabras efectivas de su idioma. La conjetura muy verosímil de Mannert (**) de que el pueblo de los *conios* o *cunios* se haya transformado por los primeros griegos en *cynesios*, por los romanos en habitantes de la cuña, *cuneos* (donde la contorsión del nombre ha llevado el error al mapa o lo puede haber; favorecido), proporciona un ejemplo de ello. Por eso son muy importantes los nombres con escritura exótica en las monedas, probablemente menos falsificados, pero de los cuales solo se deben tomar aquellos en cuya lectura no se mezcle nada de conjetural. De estos parece ser *Iligor* (***) , que sin ningún esfuerzo y sin alteración de ninguna letra se explica en vascuence como *ciudad de arriba o del monte*. Que algunos nombres se transformaron con el tiempo se ha citado expresamente. Así, según Strabo (III. 2. p. 154. 4. p. 162), *Arotrebes* de *Artabros*, y *Bardyaes* de *Bardyetes*. En las frecuentes inmigraciones de pueblos extraños se debieron dar además nombres dobles por los indígenas y los forasteros. El *Baetis* se llamó en la lengua del país, según Stephanus Byz. *Perces*, según Livius (XXVIII. 22) *Certis*, que concuerda con la ciudad celtibérica *Certim* (Livius XL. 47), en los griegos más antiguos (Strabo, III. 2. p. 148, trad. franc. I. 390. nt. 1) *Tartessus* y lo mismo puede también haber sucedido en otras ciudades y ríos. Considerando además las mutilaciones y falsificaciones de los nombres

(*) Luciano. *Necyom.* c. 9.

(**) I. 331 de la nueva edición, a que me refiero en todas las partes de la obra (I).

(I) Mannerts «*Geographie der Griechen und Römer*» apareció en 1.^a edición en Nürnberg und Landshut 1788-1625, en la 2.^a en Leipzig 1799-1820.

(***) Erro: Alfabeto primitivo p. 235. Lám. 10.; moneda 21.

por los escribientes, y los mismos escritores, se ve bien que la esperanza, de encontrar entre los antiguos nombres ibéricos meramente genuinos y reconocidamente indígenas, tiene que ser amenudo engañosa. Alego esto, no solo como aviso saludable, de no querer etimologizar cada nombre a partir del vascuence, sino también y sobre todo por el motivo de que, si a pesar de estos obstáculos; sin embargo, muchos nombres llevan innegables signos de su origen vasco, la prueba será tanto más fuerte en cuanto a que realmente era la antigua lengua del país.

4

Principios conforme a los que se ha tratado etimológicamente la lengua vasca.

La marcha de esta demostración estriba, no obstante, naturalmente muy mucho en los principios etimológicos, que guíen a la investigación. Los que han seguido Astarloa y Erro son en verdad, según me parece, fundados sobre algunas opiniones justas acerca de la naturaleza de las lenguas primitivas y en particular del vascuence, solo que después extendidas y empleadas de un modo que no producen persuasión ninguna y no pueden conducir a ningún resultado seguro. El sistema por ellos aceptado procede de la manipulación de Astarloa en toda la lengua vasca. Según él atribuye esta a cada letra y a cada sílaba una significación propia, que les queda también en la composición. Según esto se puede descomponer cada palabra en sus elementos y tan determinadamente, que por ejemplo una formada de dos letras en la primera denota siempre el género, en la segunda la diferencia específica del objeto, o también en la primera el continente, poseyente, en la segunda el contenido, poseído. La significación no es, por lo demás, arbitraria, sino copiada a las articulaciones del hombre natural, a la impresión, que hace el tono, a las articulaciones de la naturaleza viva, al ruido de la muerta. *O* señala lo redondo, *i* lo agudamente penetrante, *u* lo hueco y así sucesivamente (*). No deja de ser digno de notar que lo que Astarloa dice aquí del euskera, sustenta casi

(*) Esta doctrina se halla desarrollada en el comienzo de su Apología p. 44-119 ampliamente. Compárese de preferencia p. 31, 64, 70.

del mismo modo Davies del celta (*). Las raíces, dice éste, son muy sencillas. Una sola vocal o diptongo no forma simplemente una partícula, sino con frecuencia un nombre y verbo. Apenas hay una combinación de una sola consonante primitiva con una vocal precedente o subsiguiente, que no tenga su sentido propio y no esté mismamente a la cabeza de una numerosa familia de palabras derivadas. Las más largas palabras, puramente célticas, se pueden descomponer en tales raíces. Estas raíces no se puede, sin embargo, imaginar como denominaciones de objetos reales: tierra, agua, árbol, etc.; son signos de las diferentes maneras del ser y del obrar. Un escritor que, como Davies en su obra, permite a su imaginación divagar en muchas composiciones verdaderamente disparatadas, merecería tal vez poco crédito. Únicamente Owen, cuyo diccionario y gramática (1) son de reconocido mérito, aunque para la última sería de desear más amplitud, sigue el mismo sistema y lo amplifica más. Dice (I. 27.) que cada palabra derivada puede restituirse regularmente y sin otro auxilio, que por el sistema de la alteración de letras, a una o más palabras elementales, de modo que nada quede a merced de la imaginación del etimologista. En su diccionario están en todas las palabras, que no corresponden por sí mismas a los elementos, estos anotados en paréntesis y, si se hojean varios, se convence uno de que sus significaciones son las designadas por Davies. Será conveniente seguir ahora a estos lingüistas en el empleo de estos principios en algunos ejemplos. Astarloa deriva *ule*, lana (**), de *u*, hueco y *le*, promotor, como promotor de muchos huecos, *axe*, aire, de *a* extendido (***) y *xe*, sílaba de disminución, como extensión tenue, *itz*, la palabra, de *i*, pene-

(1) Owen «*Geiriadur cynmraeg a saesoneg or a welsh and english dictionary*» precedido de un compendio de gramática apareció en Londres 1793-99.

(*) *Celtic researches on the Origin, Traditions and Language of the ancient Britons* p. 235 de la primera edición de 1804. La nueva edición de 1807 no la poseo desgraciadamente.

(**) N. del T.—Astarloa dice que «*U* significa huequedad y la sílaba participial le quiere decir *hacedor*, *causador*, lo mismo que el *la*, con la diferencia que el *la* significa uno que hace o causa con extensión y *le* con suavidad: *Ule* todo junto quiere decir *hacedor* o *causador de huequedades*, y ninguna cosa forma más huequedades que la lana o pelo, que es lo que damos a entender con la voz *Ule* o *Ulia*, porque no hay cosa más fofa que ella» (Apología p. 74).

(***) N. del T.—Astarloa dice: *A* significa extensión y la sílaba *xe* es nota de diminutivo sutil: *Axe* todo junto quiere decir de *extensión sutil-cita*, o cosa que se extiende con mucha sutileza, y lo es el *Ayre* que es el signado de *Axe* o *Axia*. (Ibidem p. 75)

trante, y *tz*, el signo de abundancia, como abundancia en sutileza penetrante (*). Davies dice: el irlandés *ur* significa cubrir, extender sobre algo y de aquí viene la denominación de una multitud de objetos, como tierra, fuego, agua, desgracia, asesinato, etc., *a* significa en el idioma de Gales *haber de preceder, adelantar*, por lo que en un dialecto hermano significa una eminencia, un promontorio, un carro, etc. Owen hace notar para la palabra *tan*, fuego, las raíces *ta*, lo que se extiende sobre algo, sobre ello, superpuesto a ello, y *an*, principio, elemento. Este empleo de los significados de las palabras generales como vocales para objetos determinados, en particular en los ejemplos tomados de Astarloa, demuestra cuán vacilante, arbitrario y aun aventurero es tal proceder, si no se funda en el descubrimiento de efectivo parentesco de sonidos conforme a un sistema fijo de derivación. Es apenas comprensible que un lingüista no advierta por sí mismo, que, sin tal sistema, es un empeño vano el querer adivinar el camino que hacía la designación de las ideas de lo general a lo particular, desde esto último hacia atrás, salvo en pocos casos especialmente apropiados, y que aun con un hilo conductor tal los obstáculos persisten todavía insuperables muchas veces. Con una teoría tan abstracta, angustiosa y rígidamente sistemática, como la empleada por Astarloa, se oscurece verdaderamente hasta la conexión efectiva, no fantástica, que es reconocible en algunas palabras aun entre su sonido y su significado, como en el alemán *Wolle* y quizás también en el vascuence *ule*.

5

Calificación más exacta de estos principios.

Solamente es justo en todo caso, que las palabras, que designan objetos, son aplicaciones de conceptos generales a casos determinados, designaciones de cosas por sus propiedades, y que muchas, sencillas en apariencia, eran primitivamente compuestas. Se había también notado con justicia y agudeza, que los vestigios de la com-

(*) N. del T.—Astarloa dice: la vocal *I* significa penetración. sutileza y la consonante *tz* es nota de abundancia: *Itz* todo junto quiere decir *de penetración o sutileza abundancia*, o cosa muy penetrante y sutil, que es la cualidad más predominante en la *palabra*, que es su signado (Ibidem p. 71).

posición son más visibles con mucho en las lenguas primitivas, es decir, que habían atravesado por pocas alteraciones, y que la importancia significativa independiente de los elementos condiciona ciertamente un carácter principal de estas lenguas. La explicación de una a partir de sus raíces presupone, no obstante, una teoría lingüística mucho más determinada y firme, y no la favorecerá del mismo modo cada idioma. Se puede con seguridad admitir, que en la base de un idioma hay un número de sonidos sencillos, de los que procede en ulterior desarrollo por adición externa o alteración interna una cantidad mucho mayor de palabras derivadas. Las primeras, que llamamos raíces, están seguidamente con las últimas en una combinación doble, a saber, en la material del parentesco de las letras y la analogía de la derivación y en la ideal del significado. El último es, por su naturaleza, indeterminado y necesita a cada paso deducirse por lo primero; sin el amparo de éste no garantiza que se le haya reconocido con exactitud. Pues es natural que la significación de las raíces, como tales, por tener que abarcar en sí a todas las palabras derivadas, tiene que ser extremadamente general y por ende también imprecisa. Lo aquí dicho vale más o menos en cada lengua, pues radica en el proceso natural de toda formación lingüística. Solo que no todas, sino únicamente ciertas lenguas permiten el hallazgo de la mayor parte de las raíces y el retrotraer regular de las restantes palabras hasta ellas. Cada uno de estos retrocesos puede también excitar desconfianza, pareciendo una hechura artificiosa de lingüistas y no brotada de la nación, por tanto no asentado en el idioma, sino solo trasladado a él. Con todo, conservando de este modo desconfianza contra lo arriba dicho de la lengua céltica, no se puede olvidar, sin embargo, que hay también otros idiomas, en que un tal sistema domina aún más visiblemente y aún mejor demostrado por la construcción gramatical. Este es el caso en el sánscrito, que se acerca en este aún más que otras lenguas orientales a la naturaleza arriba descrita del celta, pues sus raíces son también de significación muy general. Desempeñan en su mayor parte no otro servicio, que el de ser raíces; no pueden, antes de sufrir ciertas alteraciones, emplearse en la oración (Wilson's *dictionary*. Pref. XLIV) y están por ello completamente fuera de la parte de la lengua, elaborada gramaticalmente en nombres, verbos, etc. Cómo este fenómeno, que se repite a veces también en otros idiomas, sea posible, o bien que las raíces son meramente sonidos ideales conservados por el análisis, o bien palabras

efectivas, que en otro tiempo han vivido en la boca del pueblo, de modo que el idioma lleva en sí con ello vestigios de un estado anterior, es cuestión para otra investigación. El significado de las raíces sánscritas es, como se anotó arriba, indeterminado en sumo grado (*Wilkins Radicals. Introd. V II. exceedingly vague and unsatisfactory*) y se equivocaría uno mucho, si se pensase en hallar en la colección de raíces así aportadas un inventario de palabras radicales, una cosa así como en el *Jardin des racines Grecques* (1). Con todo y ser también tan completa la lengua sánscrita en esta parte, tampoco permite, sin embargo, el retrotraer todas las palabras con seguridad a sus raíces y es sabido de todo un género de palabras, de aquellas, que se forman por los afijos llamados *unadi* (*Wilkins Grammar. § 838*), que su retrotracción a determinadas raíces es con frecuencia del todo insuficiente, que ni los significados, ni la analogía de letras corresponde, y que las reglas dispuestas para ellas solo son ensayos arbitrarios, para aunar contradicciones. También el sánscrito demuestra con ello que la derivación de todas y cada una de las palabras de determinadas raíces es en realidad obra de los gramáticos, pero la derivación de un cierto número seguramente está fundada en la lengua misma. (*Bopp analytical comparison of the Sanscrit, Greek cet. languages en los Annals of Oriental Literature. Vol., I. art. 1. p. 8*). Cosa semejante se puede decir probablemente, tal vez solo en otro respecto, del celta. Juzgando ahora según estas presuposiciones el procedimiento de Astarloa, se ve en seguida cuan incompleto e inseguro es. La comparación de las palabras vascas garantiza sin duda una serie de sílabas radicales, de cada una de las que procede una gran cantidad de palabras; predomina también una analogía fácil de reconocer en el origen de diferentes primitivos (Véanse mis adiciones al *Mithridates* p. 38, 43) (2). Con todo no está por eso demostrado todavía que la lengua permita tal exposición de raíces y una retrotracción tan regular a ellas, como el sánscrito y el celta. Astarloa ha entrado en todo caso en el análisis de cada palabra y aparta muy bien las letras radicales de aquellas, que pertenecen a la eufonía o las diferencias dialectales; pero no ha establecido un sistema de retrotracción completa de las palabras a sus raíces ni siquiera en parte. El euskera

(1) Lancelot: *Le jardin des racines grecques, mises en vers français*, apareció por primera vez en 1652 en París y una edición revisada por Delestre en 1774 también en París.

(2) Tomo e, pp. 251. 254 de sus obras.

es completamente desemejante además, en el intento de la formación literal, al sánscrito y al celta, en que le es absolutamente extraño el tránsito sistemático de los diferentes géneros de sonidos de unos a otros. De los dos caminos para venir de la palabra a la raíz, no toma Astarloa ni de mucho el más seguro, sino que se atiende más al significado, buscando palabras, que en el mismo tono fundamental tienen semejanza en aquello. No se necesita ninguna prueba para ver cuán falaz es tal rebusca, sobre todo si se incluyen en el circuito ideas metafóricas. El verdadero lingüista hará más bien lo contrario y no se cuidará del significado, si el camino de la analogía atinada le lleva a una determinada raíz. Pues los significados pueden con facilidad venir a ser muy diferentes, aun en tonos muy emparentados, con el transcurso del tiempo. Astarloa pone además demasiado valor en el supuesto significado de cada letra, en vez de quedarse en combinaciones de las mismas en las raíces y salta así un escalón del análisis lingüístico, suponiendo que jamás hubiera de poder irse tan lejos. Pues su método se puede todavía emplear en las raíces, que se consideran de ordinario como los elementos no más descomponibles. Por último tampoco los significados de los sonidos mismos se extraen exclusivamente de la comparación sobria, sino de ideas generales y observaciones, que en parte chocan como muy extravagantes. Así se explican *a* en *aarra*, varón y *e* en *emea*, mujer, con toda seriedad (Apol. 35) porque se oye en el primer llanto del varón una *a*, como la *e* en el de la niña (*). Salta a la vista que a los empeños, tanto de Astarloa, como de su sucesor Erro, les ha sido perjudicial la tendencia a reconocer en su idioma a la vez la lengua primitiva del género humano. Antes de que los lingüistas vascos no tomen la determinación de renunciar del todo a tal empeño vanidoso, cuya inutilidad han reconocido hace largo tiempo otras naciones, y se limiten a participar sus descubrimientos acerca de su idioma no darán verdadero provecho sus trabajos, ni a sus paisanos, ni al extranjero. Estas observaciones, que aquí, donde correspondía juzgar los principios hasta hoy usados, no podían dejar de hacerse, de ningún modo deben ni pueden por lo demás aminorar los méritos de estos hombres para con su idioma,

(*) N. del T.—Dice Astarloa en esa página a continuación que «ya conoció hace años esta verdad el Poeta Cottonio y la expresó en el siguiente dístico:

Clamabunt A et E quot nascuntur ab Eva;
Omnis masculus A nascens, E femina profert.

Astarloa evidentemente ha sido el primero, que trabajó sobre él con espíritu verdaderamente investigador, y ensayó el descomponerlo en sus elementos. Ha realizado en esto muchísimo, en particular en la parte gramatical (*), y como al mismo tiempo había escudriñado con incansable celo todos los rincones de su comarca tras de vestigios del verdadero dialecto, no se le puede seguir sin encontrarle, hasta allí donde se extravía, una cantidad de apuntes muy verdaderos e interesantes.

6

Traslación de estos principios a la etimología de los nombres de lugares.

Si la aplicación de este modo de etimologizar en el idioma engendra ya muchas incorrecciones, tiene que venir a ser aún mucho más peligrosa en nombres, pues éstos se alteran mucho más con el tiempo y pueden haberse originado de bases mucho más diversas. Es cuestión sobré todo, como aquí, de nombres de lugares, cuya situación y particulares circunstancias no se conocen con exactitud, y entonces la imaginación divaga sin apoyo ninguno. De estos muy esenciales defectos padece una cantidad de etimologías, que Astarloa y Erro alegan como indudables. Así se llaman, según Astarloa (Apol. 210, 222, 245, 249, 255) los edetanos de *edea*, dulce (**), y la terminación local *eta*, que habitan un lugar en un clima dulce, agradable (***), etimología, que apenas se abonará, aun cuando se recuerde por casualidad a Plinio (I. 141, 3) *regio Edetania amoeno praetendente se stagno*; Arcobriga derivaría de *arcu*, situación arqueada (****), Turbula de *ura*, agua, *bola*, lo que viene en globo o dando vueltas, de donde agua precipitándose con violencia (*****), ciudad del aguacero, el río *Anas* de la sílaba *a*, que

(*) N. del T.—¿No conocía Humboldt El Imposible vencido de Larramendi?

(**) N. del T.—Astarloa dice suave.

(***) N. del T.—Astarloa dice suave y templado.

(****) N. del T.—Astarloa dice extensión cóncaba... población edificada en una hondonada o en un paraje que formaba un ancho recodo o corva.

(*****) N. del T.—Astarloa dice «agua que viene dando vueltas o remolinándose» y renglones antes «Turbula o Urbula quiere decir en nuestro idioma Aguaducho. También hace equivalente Turbula de Turulium, que dice «tiene un carácter más propio de haber sido el nombre primitivo de esta ciudad; la voz *Ur* o *Ura* agua y *uli ulija* ciudad, son las partes que la constituyen, y todo junto quiere decir *de aguas ciudad*».

significa extensión y la terminación diminutiva *ña*, el río *Saduce* de *zan*, vena, *ura*, agua y *ce*, *cia*, delicada, vena de agua delicada. Erro (*) descompone el nombre de los lumberitanos, cuya capital quiere hallar nombrada en monedas Ilimbelz, en *il* ciudad, *im* alto y *belz* negro, situada sobre una altura negra, aduciendo que la actual villa de Lumbier, que debe de ser aquella, tiene una situación tal sobre montañas nebulosas. Aún más arbitrario es ello cuando, movidos por mera semejanza de sonido, toman las etimologías de cosas, que no se fundan en las relaciones generales de región y situación, sino que se refieren a circunstancias del todo particulares, por nada testificadas, como cuando designan a *Cose-tania* la tierra del hambre (**), los *cerretanos* como fabricantes de sierra (Apol. 209), *Sagunto* como el sitio de los ratones (***). Aún allí donde las derivaciones de Astarloa son, con muchísima verosimilitud, las adecuadas, no se puede asentir siempre a su análisis demasiado artificial. Así en la etimología de Navarra: *Nava* quiere decir llano y llanura y en verdad, según la observación expresa de un diccionario manuscrito de la biblioteca de París, una llanura próxima a la montaña. La palabra está aún hoy en uso en varias formas. Es muy verosímil, que ya existiese en tiempo de los romanos y tuviese la misma significación. Pues Ptolomaeus (II. 6. p. 42 ed. Bert) menciona en los paésicos, muy cerca de la actual Biscaya, la ciudad Flavionavia. No lejos de esta región hay todavía hoy un puerto Navia. En el castellano actual se ha conservado la palabra *nava* con el mismo sentido, como el nombre de la victoria famosa, alcanzada en 1212 por los cristianos contra los moros en las navas de Tolosa (****). *Arra* es con frecuencia terminación de palabras vascas y así puede la etimología de Navarra, como de una comarca llana en los Pirineos, no ofrecer ningún reparo. Astarloa, sin aducir ninguna de estas circunstancias de hecho, y solo mencionar una vez la voz *nava*, resuelve Nabarra (tal como él lo escribe) en *Na*

(*) Alfabeto de la lengua primit. p. 230-233.

(**) Astarloa en la Apología p. 210. Como confirmación aduce que en esta región habría habitado el pueblo, que los romanos llamaron indigestes, lo que deriva de indigere.

(***) Erro en el Alfabeto de 1. 1. pr. p. 257, 258. Habría podido derivar, para confirmación de la mencionada opinión, también *Soricaria* (en Mannert I. 324, no sé porqué *Sorilaria*) y *Soritia* (Auct. inc. de bello Hisp. 24, 27) de *sorex*.

(****) N. del T.—No solo Navas de Tolosa (como nombre propio), sino también Navas de S. Juan, Navas de S. Antonio, etc., etc., hasta otras 19 Navas y 32 Nava o La Nava.

(llano), *be* (bajo), *ar* (varón), *a* (artículo o pronombre), el varón de la llanura baja (*). Una consecuencia de este método es, que incita a etimologizar del mismo modo todo, sin distinción, con tal de encontrar algunos sonidos semejantes. Efectivamente se halla en Erro (Mundo primitivo, p. 208, 212, 227) derivada Asia de *asi* empezar, porque allí habría sido el principio del género humano, Cilicia de *ili*, propiamente ciudad, pero aquí tomada por país y *cia* terminada en punta, con una *c* eufónica al principio (país de montañas puntiagudas) y Nazareth de *na*, llano, *z* que indica cantidad, *ar*, extendido y la sílaba local *eta*. Aunque un proceder de esta especie poca refutación requiere, me pareció sin embargo necesario decir tanto de ello y mostrar de esta manera, que aún la verdad más innegable, que radique en las opiniones de estos hombres, debe demostrarse de otra manera y asegurarse contra justificadas desconfianzas, que excita su prurito de sistema.

7

Exposición de los principios, que se siguen en la presente investigación.

Este método no puede ser otro, que el de investigar primero de un modo libre de preocupaciones, si hay entre los nombres antiguos ibéricos varios, que por el sonido y la significación, concuerden con palabras aún hoy usuales en euskera. Si es este el caso en realidad y se confirma por ello la identidad de la lengua vasca con el antiguo español, o por lo menos con uno de ellos, si hubo varios, se pueden aceptar con bastante fundamento también como de origen vasco aquellos nombres, en que solo una parte se reconozca por su significación, aunque el resto hubiera de permanecer oscuro e incomprensible. Se puede también comparar en la investigación total, y aun antes de entrar en algo especial, los sonidos de los antiguos nombres en conjunto y la impresión que hacen al oído con los sonidos y el carácter fonético del idioma; pues el sistema fonético de este tiene que pasar necesariamente a los nombres, si estos procedían de aquél. Otro medio importante de prueba de la existencia anterior del idioma es la concordancia de los antiguos nom-

(*) N. del T.—Apol. 28, 29.

bres de lugares con los aún existentes en las provincias, en que se habla euskera. Ella demuestra, aunque no se pueda descifrar el sentido de la denominación, que la semejanza de circunstancias formó de los mismos elementos lingüísticos en diferentes sitios iguales nombres. Acerca de esto contiene el escrito de Astarloa muchas y muy buenas sugerencias, y como las aldeas biscaynas constan de *caseríos* amenudo muy dispersos, que solo alrededor de la iglesia (*) se aproximan en núcleo más apretado y cada uno de aquéllos posee su nombre, derivado de su situación, los árboles y yerbas, que le rodean, y también casi todos los apellidos proceden de estas casas solariegas, la comarca nos presenta sin mas que los nombres propios una grandísima riqueza de palabras. Los había recopilado el difunto Astarloa con gran solicitud y hacia en ello diarios progresos, como yo mismo he sido testigo en varios paseos con él. De este modo se puede conducir la presente investigación, de tal manera que no se necesite etimologizar cada nombre por completo o solo en general. Sin embargo es de preferente importancia el mirar, si ciertos nombres se apartan como extraños de los otros, que entre si y con el idioma son homogéneos. Sobre esto principalmente creo haber hecho anotaciones, que pasaron desapercibidas a los escritores indígenas, porque partían de la opinión preconcebida de que el actual euskera solo, sin otro idioma, se había extendido sobre toda la antigua Iberia, pues este punto era precisamente el que debía ponerse a la luz antes que todo; puesto que vestigios de la actual lengua del país es claro a primera vista que se hallan en los antiguos nombres, y solo se trata de explicar hasta donde llegan estos vestigios, si junto a ellos se encuentran otros de otras lenguas, y cómo están distribuidos geográficamente. Pero para proceder en esto sin ninguna preferencia por ningún sistema, y del todo imparcialmente, compararé primero, con el idioma, sin hacer aprecio de la diferencia de los antiguos pueblos, solo la masa total de los antiguos nombres, para reconocer lo homogéneo y lo heterogéneo, y solo después entrar en donde aparece lo uno y lo otro, y si los resultados, que se pueden deducir de ahí, se conforman con aquello, que contenían ya los antiguos escritores.

(*) Las aldeas biscaynas se llaman por esto Ante-iglesias.

N. del T.—En la traducción de Ortega y Frías se da a la palabra *caserío* el sentido castellano de reunión de casas, que no es el que aquí tiene; aquí dice muy bien Humboldt *Höfen*, que quiere decir en castellano alquerías o cortijos.

Sistema fonético de la lengua vasca.

Empiezo por el sistema fonético. El euskera no conoce, estrictamente hablando, ninguna *f*. Es verdad que muchas veces la *b* y la *p* se trabucan con ella, como en *apaldu* y *afaldu*. Varias veces se usa para distinguir palabras de igual sonido, como en el nombre de la provincia de Navarra, que se escribe *Nafarra* (*) para distinguir de *nabarra*, abigarrado, gris negruzco. Solo que, según Astarloa (**) no se halla en ninguna palabra radical genuinamente vasca. Ninguna palabra vasca empieza con *r*, a las exóticas de esta especie les antepone el euskeldun en su pronunciación siempre una *e*, y redobla entonces la *r*, pues la sencilla tiene en él un sonido completamente suave, tan aproximado a la *d*, que ambas letras se trabucan completamente en algunas palabras, como *erastea* y *edastea* (dialecto labortano), charlar. Se dice también *erregue* por rey. En ninguna sílaba siguen, según la opinión de Astarloa, dos consonantes, la una tras la otra, ni en el comienzo, ni al final y, si se dieran excepciones, nunca se presentan, sin embargo, combinaciones de letras mudas con *l* o aun con *m* y *n*) en realidad; *st* no en el principio de una sílaba ni de una palabra; y de las muy raras combinaciones con *r* la mayor parte desaparece, si se descuentan las palabras de origen extraño (***) y aquellas en que el encuentro de las

(*) Así en la antigua canción, impresa en mis adiciones al *Mithridates* p. 92 (I).

(I) Comp. Tomo 3, 286 de las obras de Humboldt.

(**) Los diccionarios es verdad que tienen algunas palabras escritas con *f*. Solo que éstas pueden ser diferencias ortográficas, y varias lo son efectivamente, pues se encuentran también escritas las mismas palabras con *b*, *p* y aun con *h* (en el dialecto labortano.)

(***) Sin embargo, hay palabras legítimamente vascas de esta especie, que tampoco parecen contraídas, como *troquiua* del dialecto vizcayno, el nombre de una danza mímica de aldeanos con palos. Esta palabra es de uso corriente en el país, pero no se halla en los diccionarios.

N. del T.—Por la descripción en el Viaje Vasco de Humboldt (publicación de la Sociedad de Estudios Vascos, San Sebastián 1925, pp. 67 y 233) es evidente que se trata de una *makil dantza* y no, como dice Ortega y Frías, de castañuelas. Knittel es garrote. Sospechoso que el uso corriente de la palabra *troquiua* sería solo en el Duranguesado y tiempo de Humboldt. Su legitimidad vasca me parece dudosa, pues hay la palabra castellana *palitroque* para palo toscó y para bolo. Esto no quiere decir que no haya palabras genuinamente vascas con *tr*, como *trauski*, *trebe*, *tresna*, *triku*, *truskil*, etc., etc.

consonantes se origina evidentemente por contracción (*). De algunos sonidos peculiares al euskera, la *r* arriba descrita y la *ts* y *tz* que solo en escritura aparecen como compuestas, ningún vestigio puede existir en los antiguos nombres, que solo conocemos por lo escrito.

9

Nombres de lugar en que aparece una *f*.

Los nombres de lugar, en que aparece *f* o *ph*, como Φορναξίς (Ptol. III. 4. p. 40.), *Fraxinus* (Itin. Anton. 420.), el río *Florius* (Eichard: Mapa. A. b.) (1), son manifiestamente de origen romano. No la conozco en otro nombre, que no suene visiblemente a extraño. Esta ausencia de la *f* es tanto más notable, cuanto que la mayor parte de los nombres de lugar españoles se hizo conocida por las guerras romanas y a los romanos esta letra, cuyo peculiar sonido no alcanzaron los griegos, les era sumamente corriente, así que su falta no puede ser culpa de la pronunciación de los extranjeros. El fenicio no podría en este punto importar ya nada, pues nunca podemos olvidar a los fenicios en España.

10

Nombres de lugares, que empiezan con *r*.

Nombres, que empiezan con *r*, hay más, pero con todo, relativamente poquísimos. *Rarapia* (Itin. Ant. ed. Wessel. p. 426), aunque la lectura es insegura, pues otros manuscritos tienen *Sarapia*, *Rauda* (Ib. p. 441.), ambos en la costa septentrional, *Rhegina* (Ptol. II. 4. p. 40.) en los turdetanos, *Rhoda* (Ptol. II. 6. p. 43.) en los indigetans, *Rigusa* (**) en los carpetanos, *Ripepora* (de Eborá

(1) Carlos Teófilo Reichard fué editor de mapas geográficos e históricos muy difundidos.

(*) Así *abrea*, el animal, del también corriente *aberea*; *andria* (en dialecto vizcayno) de *anderia*, *ech-anderia* la señora de casa.

N. del T.— *Aberea* no es todo animal, sino el de tamaño mayor, bestia; más propiamente el ganado.

(**) Solamente en la traducción latina del Ptolomaeus. II. 6. p. 46.

y *ripa*, pues estaba, según el mapa de Reichard, a la orilla del río Tader) en la Bética (Plin. I. 138, 5.), *Rusticana* (Ptol. II. 5. p. 41.) en los lusitanos, y el *Rubricatus*, el actual Llobregat con nombre poco alterado. Pero fuera de *Rauda* son todos estos nombres de origen visiblemente extraño y pueden con facilidad haber perdido su vocal inicial (*). Un nombre de varón de esta especie, *Rethogenes*, lo menciona Valerius Maximus (V. 1, 5.), pero entre los celtíberos (**).

11

Nombres de lugares, que empiezan con *st*, o en los que sigue una líquida a una muda.

St en el comienzo solo se halla en una variante insegura del río *Tereps* en los contestanos, que Plinio llama *Tader* (I. 141, 1.), pero que también está escrito *Staber* (Ptol. II. 6. p. 43. Mannert. I. 423.). En las combinaciones de letras mudas con *l* es de notar, que Strabo, como vimos más arriba, precisamente nombra, entre los verdaderamente bárbaros, a los *pleutauros*, nombre que seguramente no es romano. Si este nombre no está falsificado, parecería pertenecer a un pueblo de España no vasco. Por lo demás-solo conozco de tales nombres *Bletisa* en una inscripción (1) en los lusitanos, *Aglaminor* (2) (Plin. I. 237, 17.) entre el Baetis y la costa del Océano, *Blen*

(1) Cellarii not. orb. ant. Vol. I. p. 59.

(2) En el mapa de Reichard (G. f.) está *Agl minor*, separadas dos palabras, como si se tratase de una *Agl* menor.

(*) De dónde procede la noticia, en Bűsching (Erdbeschreibung. T. 3. p. 334.), de que Navarra en tiempo de los griegos y romanos se hubiese llamado *Ruzonia*, no lo sé.

(**) Fuera de este y el probablemente ibérico *Rhyndacus* en Sil. Ital. III. 338 no conozco ningún nombre ibérico de varón, que empezase con *r*, como tampoco ninguno con *f*.

N. del T.—Aunque no para estos casos, ni para la antigüedad, bueno será hacer notar, que por analogía vulgar con otras palabras de origen latino, que tomaron *E* inicial en euskera y la perdieron luego al castellanizarse en el país (Rota-Errota-Rotacché), hoy se dice allí, hablando en castellano rada por herrada y hay el apellido Rementería de errementari (ferramentarius). Falsificación francesa es La Rhune por Larrhune y falsificación castellana es La Rubia por Larrubia, La Reineta por Larrañeta. ¿No podrá ser el enigmático Roncesvalles, en vez de Roscido vallis de los latiniparlos peregrinos franceses, Erronzabal, siendo, como es, cercano al valle de Erro?

dium (Plin., I. 227, 5.) en los cántabros, *Caviclum*, pero que también se lee *Cavidum* (Itin. Ant. 405.) en los bástulos, *Clunia* (Plin. I, 144, 5.) en los arévacos, por tanto en Celtiberia, homónimo de una ciudad en Rhetia (*) y *Mergablum* de los túrdulos (Itin. Anton. 408), pero que también se lee *Mercallum*. *Clunia* quiere haber hallado Erro con una e entre las dos consonantes en monedas (**). *Blanda* en los bétulos, y *Glandomerum* en los galaicos (Ptol. II, 6. p. 43.) son de origen romano, así como *Planesia* (Strabo. III. 4. p. 159.) griego. Además tiene Silio Itálico (XVI. 562.) un guerrero *Glagus*.

De los nombres, mucho más numerosos, en que sigue una *r* inmediatamente de una muda, se hablará más abajo.

12

Impresión general de los nombres de lugar ibéricos.

Lo expuesto en los párrafos anteriores bastará para acreditar, que la formación de los nombres de lugar antiguos ibéricos sigue en total el sistema fonético del euskera. A quien esté familiarizado, por poco que sea, con este idioma, no puede pasar desapercibido, al leer estos nombres y los de Italia o Grecia, por quedar con un país próximamente relacionado también Galia, que en los primeros predominan los sonidos vascos. La impresión de la masa convence tanto, como el análisis de cada uno. Se podría quizás recelar, que Una opinión preconcebida corrompiese el juicio y atacar esta clase de prueba con razón. Por eso es necesario examinar cada nombre. Lo haré de manera que quede primero con aquellos, cuya formación completa retrotrae a palabras vascas de significación análoga, pero luego también mencione, clasificados por sus terminaciones y por sus sílabas iniciales, aquellos en que solo aparecen algunos elementos vascos.

(*) Cellarii not. orb. ant. Vol. I. p. 428.

(**) N. del T.—Véase también Cluny, que es en la Borgoña.

Nombres de lugares, que derivan de *asta*.

Acha, *aitza* quiere decir peña y *asta* es otra forma del mismo vocablo conforme a una alteración lingüística legítima (*), como se puede mostrar por la analogía de series completas de ejemplos. Esta última forma no es, sin embargo, usual en la significación de peña, pero se reconoce en varias palabras pertenecientes a la misma sílaba radical, como *astuna*, gravedad, peso, y en nombres de lugar, por la situación de la localidad. Para solamente nombrar algunos, aún hoy existentes en Biscaya (**) aduzco aquí los siguientes: Asta, Astegieta, Astigarraga, Astobiza, Astorga, Astulez, Asturias, etcétera (***). De los antiguos pertenecen aquí: Asta (Plin. I. 139, 1.) en los turdetanos.

Astigi, que aparece 3 veces en Bética como *Astigitana Colonia*, que también se llamó (lo cual confirma quizás la etimología vasca) *Augusta firma*, como *Astigi* con el apelativo julienses, y como *Astigi vetus* (Plin. I. 137, 16. 139, 3. 7.).

Además *Astapa* igualmente en Bética (Livius, XXVIII. 22.), que aún hoy en Biscaya es propio de viviendas al pie (esto significa la terminación *pa*) de peñas, como yo mismo ví una herrería de este nombre en tal posición entre Durango y Bilbao (****).

Por último los astures y *Asturica* y el río *Astura* (Florus. IV. 12, 54.), agua de peña, de *asta* y *ura*, agua.

Astarlo incluye aquí también (Apol. p. 233.) *Ascerris* en los iacetanos (Ptol. II. 6. p. 48.), de erria (tierra), país y *acha*, peña. Esto no se debe, sin embargo, comprender, aunque no se explica él con más claridad sobre ello, como si estuviese *acha* en *asc*, pues la *c* en el nombre conservado de antiguo sonaba como *k*. El nombre se descompone en *As-c-erris*. A la sílaba radical peña corresponde solo *as(asta)*, *c(co)*, también *go*, expresa la idea de altura y el todo quiere decir: lugar en la altura de la peña. Así deriva, como me

(*) Mis adiciones al Mithridates, pp. 35-40 (I).

(I) Comp. Tomo 3 de las obras de Humboldt p. 248.

(**) N. del T.—Entiéndase prov. Vascongadas.

(***) N. del T.—Los últimos (Astorga y Asturias) caen muy lejos de Vizcaya por occidente.

(****) N. del T.—Será Astepe de Zornoza.

decía el mismo Astarloa, la denominación de las dos localidades biscaynas (*) As-co-itia y As-pe-itia de que la primera está en la altura y la última al pie de la montaña (**). La carpetana *Ascua* (Livius. XXIII. 27.) puede derivarse también así; As-co-a- lo que todavía en el actual dialecto Vizcayno sonaría *Ascua*. Pero la derivación de Astarloa para el nombre de la ciudad *Acci* (Plin. I. 143, 4. Ptol. II. 6. p. 47.) de *acha* (Apol. 206.) es del todo insostenible, pues se pronunciaba *Akki*.

14

Nombres de lugares derivados de *iria*.

Aún más inequívocamente vascos son los nombres, que se derivan de *iria*, que significa ciudad o villa y según el diccionario manuscrito también lugar, región (***). La misma palabra se dice también *uria*, y puede también, con la transformación frecuente y peculiar del idioma, de *r* en *l*, pasar a *ilia* y *ulia* (Astarloa. Apol. p. 238. 247.). Esta sílaba radical se ve además en las siguientes ciudades.

Iria Flavia (Ptol. II. 6. p. 44.) en los lucenses.

Urium (****) (Plin. I. 136, 16. Ptol. II. 4, p. 39 en los túrdulos.

Ulia en Bética (Dio Cassius. XLIII. 31.). Las variantes cambian entre este nombre, *Ulla* y *Ullia*. La etimología decide aquí justamente. *Ullia* es falso, *Ulia* (****) debe llamarse, como lo tienen jus-

(*) N. del T.—Son del centro de Guipúzcoa.

(**) N. del T.—Lo segundo es verdad, pero Azcoitia no está a mayor altura que Azpeitia, aunque sí más lejos de la peña y un poco más hacia Goyerri.

(***) N. del T.—Lo que no puede admitirse es el traducir, como lo han hecho algunos euskerizantes mal enterados, villa con significado de casa de veraneo en el campo por *iri* o *uri*.

(****) Plinius: *oppidum Onoba, Aestuarium cognominatum: Interfluentes, Luxia et Urium*. En la nota a este lugar trata Harduino como dos ríos *Luxia* y *Urium*, como si dijese *interfluentes amnes*, así también en su *Index verborum*. Sin embargo, esto me parece aún muy dudoso: como adjetivo, corriendo de por medio, aquí no se acomoda. También es *Ὀδριον* en Ptolomeo manifiestamente una ciudad. ¿No deberían ser, según esto, *Luxia* e *Interfluentes* también ciudades? Con la última puede compararse de una parte *Interamnium* e *Intercatia*, por otra parte *Confluentes*. Mannert calla acerca de estos nombres. Pero si *Urium* fuese un río, vendría del vascuence *ura*. Reichard ha incluido también *Urium* como nombre de río en su mapa (G. c.).

(*****) Ya lo han notado otros, que Strabo parece hacer de esta ciudad (III. 2. p. 141.) *Julia*.

tamente las monedas (*Wess. ad Itin. Ant.* p. 412.), la ciudad, *Ulla* (propriadamente *Ula*), de *ura*, agua, el río de los galaicos, como lo dan los manuscritos de Mela (III. 2, 8.); así que los monumentos y la etimología se apoyan recíprocamente. *Ulia* estaba (*Hirtius de bello Alex.* 61.) sobre una alta montaña. Todavía hoy se llama en San Sebastián una montaña *Ulia*; esta palabra, si la *l* no se considerase derivada de *r*, significa *mosca*, y en los vascones aparece un lugar *Muscaria* (*Ptol.* II. 6. p. 48.), cuyo nombre puede ser la traducción, si no de aquel, sin embargo, de otro lugar homónimo (*). Esto solo como de paso en ocasión de la semejanza del sonido y de la situación.

Ilia, el epíteto confirmado también por inscripciones de *Ilipa* (*Plin.* I. 138, 8. *ibique interpr.*).

La palabra radical vasca se halla, según esto, en todas sus variantes entre los antiguos nombres de lugares. En composiciones con otras palabras para el mismo nombre se presenta al final la mayor parte de las veces *uria* (**), al principio *ilia*, lo que discrepa de los nombres actuales, pues tenemos entre los apellidos españoles (***) una multitud de Iriarte, Urizarre, Uriona. Sin embargo, también entre los antiguos nombres de ciudades se halla uno de esta forma, *Irippa*, pero solo en monedas (*Florez Medallas* II. 474.).

De la primera clase son: *Graccuris* (*Plin.* I. 142, 13.) en los vascones, la ciudad de Gracchus, quien la edificó (*Livii Epit.* l. XLI.). Antes se llamaba, según Festus Pompejus, *Ilurcis* (*de verb. signif.* v.) Gracchuris, así que Gracchus la habría renovado y ensanchado. *Ilurci* es (de *ilia* y *ura*) ciudad del agua y según Astarloa (*Apol.* p. 238), quien por la supuesta significación de *ci* (de *cia*, punta, delgado), sin cuidarse de la pronunciación romana *ki*, deduce ciudad de agua delicada, menuda, sutil.

Calaguris (****); había dos: *Fibularensis* en los vascones y *Nassica* en los ilergetas (*Plin.* I. 142, 11. 15.). Los apelativos latinos pro-

(*) N. del T.—Pero hay Musquilla y Músquiz, que no tienen que ver con las moscas más que Amézqueta, Lecumberri, etc., etc., etc.

(**) Sin embargo los manuscritos tienen también *l* en vez de *r*. (VV. DD, *ad Itin. Anton.* p. 450.). Una excepción parece además *Tiariulia* (*Ptol.* II. 6. p. 47.) en Edetania. Pero este nombre es muy dudoso y como Plinio (I. 142, 7.) tiene *Teari, qui Julienses*, la terminación del nombre de Ptolomeo no es *ulia*, sino *julia*.

(***) N. del T.—En realidad son apellidos vascos, aunque se nos presentan en Castilla y en la América española.

(****) N. del T.—Calagorris con *r* fuerte es lo que ha prevalecido y su sentido muy otro.

ceden de las ocupaciones (*) y profesión de los habitantes. El último puede conexionarse con el nombre vasco. *Calamua* se llama propiamente el cáñamo, pero según el diccionario manuscrito también junco, caña (**), que es muy útil para confeccionar nasas (*nassae*). *Fibulae* pueden tomarse en más de un sentido y por tanto es difícil de decir, en cual se ha de tomar aquí. Que se designase con el nombre partes de cestos, para lo que se empleasen *vimina* (***) se deduce de Cato (*de re rustica*. c. 31.), pero sí también se servían de la caña y si realmente se piensa aquí en cestos, es cosa que queda dudosa.

Ilarcuris (Ptol. II. 6. p. 46.) en Carpetania, según Astarloa (Apol. 238.) de *Ilarra*, arbeja o guisante, ciudad de guisantes. Aún hoy hay familias vascas, que se llaman *Illaraza*, *Irarraga* (****).

Lacuris (Ptol. II. 6. p. 46.) en los oretanos. La sílaba inicial, que vuelve a salir en *Lacobriga* en Lusitania (Mela. III. 1.6.) y en los vacceos (Plin. I. 144, 2.), *Laconimurgi* (*****) en los celtas de Bética (Plin. I. 139, 17.), *Laconimurgum* en los vetones (Ptolom. II. 5. p. 41.), donde la primera palabra contiene la adición *mur* (de murua, colina) y la terminación, que más abajo se explicará, *gi* y *gum*, los *lacetanos* (Plin. I. 141, 12.) en los Pirineos, *Lacibi* y *Lacippo* (Plin. I. 140, 6. 7.) en Bética, y *Lacipea* en Oretania (*Itin. Anton.* 438.) es de derivación insegura del euskera, como lo demuestra la vacilación de Astarloa (*****). Me parece *laco* el latín *lacus*. Festus (*de verb. significat.* v. Lacobriga) lo dice expresamente y en *Flavio briga* y *Glando merum* tenemos otros ejemplos de composición de nombres de idiomas indígenas y extraños. Para *laco* había, sin embargo, quizás como base una palabra vasca alterada por los romanos. Para esto tengo yo *langotua*, que se usa por agua estancada. Se halla en *Langobrica* en la proximidad del Durius (*Itin. Anton.* p. 421.) y *Lancobriga* en los celtas (Ptol. II. 5. p. 41.). En los *langobrites* menciona Plutarco (Sertorius, c. 13) expresamente varias aguas,

(*) La significación de *Fibularensis* es por lo que yo sé indudable: pero que *Nassica* tenga también un sentido semejante, y no proceda de *Scipio Nasica*, sino de *nassa*, es también creencia de Sestini (*Descr. delle Medaglie Ispane nel Museo Hedervariano* p. 119.)

(**) N. del T.—En latín es pluma de escribir, caramillo, caña, vareta y hay una montaña *Kalamua*, *Kalamuga* cerca de Arrate (Eibar).

(***) N. del T.—¿Quiere decir Humboldt mimbres?

(****) N. del T.—Astarloa dice *Illaraza*.

(*****) En algunos manuscritos se llama más sencillamente y también otros nombres de lugar españoles con el semejante *Lacimurgae*.

(***** Traduce el nombre: ciudad de detención, del agarradero, o ciudad de Laco, que a mi entender no aparece por ninguna parte. Apol. p. 241.

y si éstas parecen haber sido corrientes y potables, pudieron existir otras, o el nombre haberse tomado en sentido amplio. Wesseling (*ad Anton. Itin.* p. 421.) transforma este nombre en *Langobricas*, y pudiera ser que este lugar coincidiese con *Lacobriga* de Mela, y así se admitiría la igualdad de significación de *Laco* y *Lango* como demostrada. Pero de la narración de Plutarco se ve solo, que el lugar estaba en Lusitania y era por un lado accesible por la montaña (*). Una aldea de Alava se llama *Langarica* (**).

De *Ilduri* se hablará más abajo. *Esuris* (*Itin. Anton.* p. 425, 431.). Mapa Reichard G. c.) de *esi*, valla y *uris*, la ciudad rodeada por una valla.

A los nombres de ciudad, en que *Il* o *Ili* hace las sílabas iniciales: pertenecen los siguientes. El ya mencionado arriba (§ 3.) *Iligor*,

Varios, en que a la vez se halla la sílaba radical *ur*, agua, y que recogeré en ocasión de esta.

Ilipula magna y *minor* (Plin. I. 137, 16. 139, 8.) en la Bética, según Astarloa (Apol. p. 240.) de *ilia* y *pulua*, que explica por punta, pero el diccionario manuscrito por montón. Una cosa y otra se adapta a la alta montaña, a cuyo pie estaba la primera de las dos ciudades. Quizás es, sin embargo, *ula* solo una terminación diferente del nombre *Ilipa*, como *Deobrigula* de *Deobriga*, *Obulcula* de *Obulcum*, *Saetabacula* (Ptol. II. 6. p. 47.) de *Saetabis*, *Turbula* de *Turba* (Liv. XXXIII. 44.).

Iliberi (Plin. I. 137, 15.) igualmente en Bética, ciudad nueva, de *berri*. Su apelativo *Liberini* parece haber imitado al vascuence para facilitar la pronunciación, y para darle alguna importancia. En otros apelativos hallamos traducciones; una gran parte de los mencionados por Plinio es sin embargo completamente extraña respecto del nombre primitivo y es derivada de otras circunstancias, como la Colonia Accitana, que se llamó así por la legión Gemella allá trasladada. (Harduin *emend ad Plin. libr. III. nr. XIII.*) En-

(*) Harduin tiene la ciudad de los langobritos de Plutarco realmente por *Lacobriga*. Tzschukke *ad Melam Vol. 2. P. 3. p. 22* lo impugna y me parece también a mí por lo menos no probado. Pero si dice: *quod huc refert Harduinus cet.*, esto es injusto, pues Harduin habla de la vaccea, mela en este sitio de la *Lacobriga* situada junto al promontorio sacro. Mannert (I. 344) da, sin más explicación, *Lankobriga* junto al Tajo como la ciudad sitiada por Metelo. ¿Pero entonces no se habría de haber hecho mención del río en la narración? En el mapa de Reichard no se indica la *Lancobriga* celta.

(**) N. del T.—La terminación aquí es *ica*, que nada tiene que ver con *briga* o *brisca*.— Véase *Albonica* en el cap. 17 y cap. 20, pp. 38 y 69.

tre estas tres clases parecen poderse colocar todos los apelativos.

Ileosca de los ilergetas (*) (Strabo. III. 4. p. 161.) en Vellejus Paterculus (II. 30.), antes de que se hubiera alterado la variante en *Osca*, *Etosca*.

Elibyrge (*e*, *i* se confunden con frecuencia en esta sílaba inicial), según Hecataeus (Steph. Byz. *h. v.*) una ciudad en Tartessus. Es la que permite aportar el testimonio más antiguo. La terminación parece corrompida del griego πύργος.

Ilerda y los ileigetes no los menciono, pues la derivación me parece no bastante segura.

15

Nombres de lugares, que derivan de *ura*.

Nombres de lugares de *ura*, agua. Astures y *Asturica* (§ 13.).

Ulla (más propiamente *Ula*).

Ilurci (§ 14.).

Urce (Ptol. II. 6. p. 43.) en los bastetanos, también *Urgis* (**), pues Plinio dice *Urgitanus finis* (I. 136, 1.)

Urcesa (Ptol. II. 6. p. 46.) en la Celtiberia.

Urgia (Plin. I. 140, 5.) y *Urgao* (Plin. I. 137, 15.) en la Bética.

Las terminaciones *ga* y *gui* son en euskera negativas y Astarloa (Apol. 249) explica estos nombres como *sin agua*.

(*) En la traducción parisiense de Strabo (I. 470. *nr.* 5.) se duda de la exactitud de este nombre. Solo el testimonio de Pedro de Marca, quien tiene *Ileosca* y *Etosca* por una cosa, pero este lugar diferente de *Osca*, es en esto muy válido. No puedo callar aquí el reparo general, de que me parece demasiado violento el que se quiera alterar los nombres de lugares de los antiguos escritores solo porque no aparecen en ningún sitio. Ya Lorit (Glareanus) dice, como a mí me parece, muy atinadamente a Livius XXVIII. 21. *quanquam ego haud scio, liceatne ad eum modum emendare libros*. En los nombres españoles se tiene que luchar a menudo con esta clase de reformas. En general debería hacerse con la más exquisita prudencia cada modificación de un texto, para lo cual se traen los fundamentos del asunto, y de la comparación de las noticias de otros escritores. De lo contrario se corre el peligro de corregir, en vez de al amanuense al escritor mismo. Tampoco podría asentir, por tanto, en el mencionado párrafo de Strabo, a que se transformen las palabras ἔτελεύτα δὲ νόσω en ἔ.δ ἐν Ὀσκη.

(**) Acerca de la opinión de Vossius, de que este *Urgis* o *Urce*, o *Urci* también se hubiese llamado *Murgis*, compárense las notas a Mela II. 6, 7 en la edición de Tzschuck. Para la cuestión presente es indiferente esta controversia pues fuera de este hay bastantes ejemplos de nombres de ciudades, que derivan de *ura* o de *murua*.

Urso (Plin. I. 139, 6. Strabo III. 2. p. 141.), también *Ursaon* (*Auct. inc. de bello Hisp.* 41.), únicamente en Appiano (VI. 16.) *Orson*, igualmente en la Bética. La terminación es la actual *za*, que indica abundancia, multitud (*). Se hallaba en la región todo alrededor tal carencia de agua, que se desistió por esto de la idea de sitiar la ciudad. A los habitantes no les agobiaba, sin embargo, la misma carencia, por lo que se ve. Tenían más bien bastante agua para resistir el asedio. Esta relativa abundancia en la ciudad en contraste con la carencia en la región puede haber dado motivo a la denominación. Tengo que notar, con todo, aquí que en la totalidad de la alegación de tales circunstancias no pongo gran fuerza demostrativa; pues de una parte hay pocos lugares, donde no se hubiera de hallar algún arroyuelo, colina o cosa semejante y tal circunstancia no puede decidir para un determinado nombre; por otra parte; no obstante, puede ser relativamente siempre bastante importante el arroyo, colina u otro objeto, de que procede el nombre, para inducir a la denominación; solamente que en sí sea de tal poquedad, que ni los historiadores, ni los geógrafos lo noten. Su silencio no ha de excitar por tanto desconfianza. Es bastante con que el nombre proceda de un modo decidido de la palabra, conforme a su sonido y la palabra indique una idea, que pueda usarse con facilidad para nombrar lugares. Entre las variantes divergentes *Versaon* y *Ursaon* se han declarado los editores de César (*ed. Oberl.* p. 763.) ya por otros motivos a favor de la que es conforme a derivación vasca.

Urbiaca (*Itin. Anton.* p. 447.) en el interior de España y *Urbicua* (*Livius XL.* 16.). Estos dos nombres son tan puramente vascos, que aun hoy podrían pronunciarse de la misma manera. En ambos hay *ura* y *bi*, dos, en el primero además la sílaba local *aga*, en el segundo la terminación adjetiva *coa*, en el dialecto vizcayno *cua*, cuando algo es propiedad de una cosa, *sitio de dos aguas*, como todavía hoy *Urbina*, *Urbieta*, etc., como nombres de lugar frecuentes. Quizás pertenecían ambos nombres al mismo lugar, según cree Wesseling.

En la turdetana *Urbona* (Ptol. II. 4. p. 40.) no se puede dejar de reconocer el vasco *ona*, bueno. Si la *b* es eufónica, como quiere Astarloa (*Apol.* p. 247.), o pertenece a otra sílaba radical, o por último si la palabra indígena vino a ser en boca de los romanos,

(*) Astarloa: *Apol.* p. 246.

a causa de igual significación, el latín *bona*, es cosa que dejo sin resolver.

En *Ucubis* (*Auct. inc. de bello Hisp.*) junto a Córdoba tengo la *u* inicial asimismo por *ura*, la *c* por eufónica y *ubis*, con terminación latina, de *ubera*, vado. Una composición semejante es la del actual lugar y apellido U-g-arte entre aguas. Aquí corresponde también el río *Uduba* en Plinio (I. 141, 6.).

Composiciones con *ilia*, ciudad. *Iluro* en Plinio (I. 141, 13.) en Cosetania. Esta es la variante reconocida como justa, solo que *Diluron* de Ptolomeo no es falta del amanuense, sino una alteración fonética regular en el idioma.

Ilurgis (Ptol. II. 4. p. 39.) en los túrdulos, *Illurco* (Plin. I. 138, 1.) en Bética. Las mismas formas en la composición que arriba teníamos sencillas. Si *Ilorcum* (Plin. I. 137. 9.) es el mismo nombre con vocal cambiada, lo dudo, pues la *o* se ha conservado inmovible en la actual *Lorca*.

Ilurbida (Ptol. II. 6. p. 46.) en Carpetania de *ilia*, *ura* y *bidea*, camino, ciudad, en el camino de agua. *Iturbide*, camino de la fuente, es el nombre de una familia vasca, que yo mismo he conocido.

Si la variante *Illurgavonenses* (*Caesar de bello civili* I. 60.) para los *Ilergaones* de Plinio, que hace efecto de una abreviación de aquel nombre de pronunciación tan bárbara (I. 141. 6.), es la lectura justa, entonces este nombre corresponde también aquí y es análogo al *Urgao* de arriba. La intercalación de la *v* la tengo por romana.

Verurium (Ptol. II. 5. p. 41.) en los lusitanos, como observa Astarloa (Apol. p. 234.) filológicamente, *el sitio de dos aguas*, porque el número dos, *bi*, cuando entra al principio de una palabra (*) se transforma en *ber*; *berogueti*, cuarenta, es a saber dos veces veinte, *bereun*, doscientos, y un lugar actual *Beroija*, el sitio de las dos colinas. Sería de desear que se hubiese explicado Astarloa sobre *Bituris* (Ptol. II. 6. p. 48.). Prescindiendo de su observación arriba arriba indicada, derivo yo de *bi*, y bien de *ura* con *t* eufónica, o de *iturria*, manantial (16.). Como que *bi* no siempre se transforma en *ber*, y tal vez no delante de una consonante, lo demuestra *bitan ambat*, todavía otro tanto, *biderbia*, doble, *bidertatu*, repetir.

Solorius mons (Plin. I. 136, 8.) según Isidoro (*Orig.* XIV. 8.) (**)

(*) N. del T.—Astarloa dice «a otra voz que empieza con vocal».

(**) S. Isidoro deriva el nombre *a singularitate quod omnibus Hispaniae montibus solus altior videatur, sive quod orienti sole ante radius ejus in eo quam ipse cernatur.*

Solurius. El actual nombre *Sierra de los Vertientes* (*), montaña de los arroyos de agua, hace verosímil la última variante y la derivación de *ura* y *soloa*, pradera, de consiguiente montaña del agua de prados.

También el nombre de la ciudad *Ostur* solo conocida por monedas (Florez. *Medallas*. III. 112.) puede referirse a esto. *Ost* se puede derivar de varios modos; lo más natural sería de *ostean*, detrás del agua (**); solo que esta preposición acostumbra a estar en las palabras compuestas detrás de los substantivos, como *escuostean* lo que está detrás de la mano, que es difícil de tener. Hay todavía hoy una región *Ostur* en el reino de Valencia (***), que es rica en jabalíes y también las monedas de la ciudad llevan este animal en el cuño. En euskera se llama *basa urdea*, y *basa*, de *basoa*, bosque, es solo la indicación de la especie. La terminación del nombre de la ciudad puede venir, según esto, también de *urdea* y el principio de *ostoa*, hoja, follaje.

16

Nombres de lugares, que derivan de *iturria*.

Nombres de lugares de *iturria*, fuente. *Iturissa*, la *Iturisa* de Ptolomeo (II. 6. p. 48.), donde únicamente se ha conservado el nombre completo, en los vascones. La terminación *sa* (hoy *za*) significa abundancia (Astarloa. *Apol.* 246). Todavía hoy existe en la misma región un lugar *Ituren* (Mannert. I. 377.). Que *Iturissa* aparece en el *Itin; Anton.* sin la vocal inicial (p. 455.) como *Turissa*, demuestra que los nombres, que siguen, derivan de la misma raíz. También en Plinio (I. 139, 5.) *Tucci* e *Itucci* (a los cuales hay que agregar aún *Acatucci* en el *Itin. Anton.* 492.) se distinguen solo por esta propuesta de la *i*.

Si corresponde aquí también el río galo *Aturis*, el actual Adour, o si es de la misma radical que el *Durius*, se explicará más abajo.

(*) N. del T.—Así y en castellano en el original.

(**) Detrás se dice *atz* y *ost* en la sílaba radical y ambas diferencias de sonido pasan por todos los derivados de la palabra *atzean*, *ostean*, *atzerá*, *ostera*, *atzitic*, *ostitic*, *atzeratu*, *osteratu*, *escuatzean*, *escuostean*, etcétera. Hay aquí la misma analogía que en *aitza* y *asta* (13.)

(***) N. del T.—En realidad se llama Costur.

El río *Turas*, o *Turias* en Edetania (Mela. II. 6, 6. Plin. I. 141, 4. Ptol. II. 6. p. 43. Mannert I. p. 427. La falsa variante *Turulis*, ciudad de fuentes, no ofrecería, como nombre de río, ninguna derivación apropiada).

Turiaso en la Celtiberia meridional (*Itin. Anton.* p. 442.). En la terminación so está la idea de bondad, pureza, como se ve de *osoa*, íntegro, salvo, sano y la terminación *suna*, que denota excelencia (mis adiciones al Mithridates. 42.) (*) (1). Aquí se confirma la derivación por el pasaje expreso de Plinio, en que (II. 667, 2.) dice, que este lugar era famoso por la bondad de su agua para templar el hierro. Puesto que la bondad del hierro labrado se adjudica (Just. XLIV. 3.) muy de preferencia al agua, que sirvió para el temple, no parece provenir el nombre de un objeto sin importancia. En Alava hay una aldea *Turiso*, de modo que tampoco hoy la supresión de la vocal inicial no está sin ejemplo.

Turiga, la sin fuentes, en los celtas de Beturia (Plin. I. 139, 17.). Su nombre céltico era *Ucultuniacum* (**). Como Plinio añade: *quae et Turiga nunc est*, esto indica, lo que también está en la naturaleza de la cosa, que el nombre dado por los celtas en su inmigración conforme a su idioma, con el tiempo y mezcla de los pueblos conservó a su lado el ibérico.

Aquí corresponden también; *Turoca* (según otros manuscritos *Turrige Itin. Anton.* 430.), los *turodi* (Ptol. II. 6. p. 44.) en la costa septentrional, *Turobrica* (Plin. I. 140, 1.) en los celtas turdetanos,

(1) Comp. Tomo 3, 253 de las obras de Humboldt.

N. del T.—Astarloa dice en su Apología (308) ya bien taxativamente que *tasuna* indica por contraposición a *querija* o *erija*, que la cualidad no tendrá defecto alguno moral; pero no dice que sea excelencia y se evidencia esto con los ejemplos, que aduce: *zorataassuna* la locura natural que procede de enfermedad (*Zoraquerija* la acción executada fuera del orden de la razón por un sujeto sano y libre de demencia), *arrotassuna* huequedad de árbol o rotura de saya, capa u otra cosa de esta naturaleza (*arroquerija* la soberbia), *erotassuna* la falta de carne en las frutas de cáscara (*eroquerija* la acción no reflexionada), *guizatassuna* la hombría de bien (*guizaquerija* la ruindad), *poztaassuna* la alegría (*pozquerija* la lisonja).—En *osassuna* la terminación no es *suna*, sino *asuna*.

(*) Esta terminación se dice en completo *tasuna*. Solo que también *suna* se emplea en el mismo sentido. Así tiene el diccionario manuscrito *ossassuna* y *ossotasuna*, salud. El parentesco con $\sigma\sigma\sigma\sigma, \sigma\sigma\sigma\sigma$ es inequívoco.

(**) Deduzco esto de que *Turiga* es manifiestamente vasco, pero también de la situación de ambos nombres en Plinio. Donde aduce para una ciudad el nombre bárbaro y el latino, siempre hace preceder el bárbaro. Como los sonidos ibéricos, los más frecuentes en España, les eran también más corrientes a los romanos, que no los célticos, se puede admitir que Plinio coloca antes, de los dos nombres, ambos bárbaros, de una ciudad, el más extraño para él, aquí *Ucultuniacum*.

los *turmodigi* (Plin. I. 143, 13.), vecinos de los cántabros, por último los turdetanos y túrdulos. Sin embargo la analogía es demasiado indeterminada y general.

Nementurissa de Oihenart (*not. utriusque Vasconiae*, p. 24.) parece en verdad una combinación de una palabra para mí desconocida con *Iturissa*, tanto mas que ambas están en Vasconia. Solo que el lugar se llama *Nemanturista* (Ptol. II. 6. p. 48.), por lo que la semejanza se hace mucho menor. Esta última manera de pronunciarlo coincide con el nombre, solo conocido por monedas, de la ciudad Nema en la Bética (Florez. *Med.* III. 100.).

Por el contrario yo hubiera derivado *Iliturgis* (Livius. XXVIII. 19.) en Bética, sin reparo, de *iturria*, y traducido como *la ciudad sin fuentes*; pero según Astarloa (Apol. p. 239), cuyo juicio debe aquí decidir, la *t* es eufónica y el nombre completamente igual a *Ilurgis* (15.). Si pues Polybius en Stephanus Bysantinus (*v.*) Ἰλύργεια nombra la ciudad Ἰλύργειαν y Appiano (VI. 32.) con pequeña modificación Ἰλυργίαν, o si es la misma ciudad *Ilurgis* de Ttolo-meo arriba nombrada, esta variación del nombre no es de ningún modo incorrecta.

Con la semejanza del sonido puede en algunos nombres producirse quizás vacilación entre la derivación de *uria*, *ura* e *iturria*. Por eso no me atrevo a decidir nada sobre *Baeturia*. Astarloa explica (Apol. p. 235.) el nombre derivándolo de *be* con *t* intercalada como *ciudad*, que está en paraje *bajo*, o más bien región.

17

Derivación de varios nombres de lugares por diferentes palabras radicales.

He presentado en lo anterior nombres tales, que se pueden derivar por serie completa. Otros están más aislados, aunque por esto tampoco menos completamente explicables por palabras radicales vascas. Destaco todavía de éstos los siguientes.

Alaba en Celtiberia (Ptol. II. 6. p. 46.), cuyos habitantes se llaman *Alabanenses* (Plin. I. 143, 8.), según Astarloa (Apol. p. 228.) de *ara*, *aria*, llano y la sílaba *ba*, bajo ancho. La actual provincia Alava parece que los naturales la llaman realmente *Araba*. Entre

los nombres de lugares ibéricos *Alba* parece en varios casos la palabra latina, como en el apelativo de *Urgao* (Plin. I. 137, 15.), pero en otros una contracción de *Alaba*. Así verosímelmente en la vurdúlica *Alba* (Plin. I. 143, 12.), pues esta última estaba en la actual provincia de Alava. En otros nombres puede proceder el sonido semejante de *alboa*, lado, ladera de montaña, pariente del alemán *Halbe*. Así deriva Astarloa (Apol. p. 229.) *Albonica* (*Itin. Ant.* p. 447.) en el interior de España de esto mismo y, con olvido de la letra *n*, de *ica* (*), empinado, sitio de ladera empinada de monte. *Albocella* (Ptol. II. 6. p. 45.) en los vacceos tiene incuestionablemente el mismo origen y es solo una alteración de letras usual todavía en los actuales dialectos, si en el *Itin. Antonini* (p. 434.) se dice el lugar *Albucella*, pues en el dialecto vizcayno se dice *alboa* por *alboa*. La terminación *cellum* (propiamente *kellum*) (**) u *ocellum* vuelve a aparecer en el *ocellum* de los vetones (Ptol. II. 5. p. 41.), el *Ocelum* de los galaicos lucenses (Ptol. II. 6. p. 43.), el *Ocelloduri* en el *Itin. Antonini* (p. 434.) y con poca alteración en *Ocilis* en Appiano (VI. 47.). También en los Alpes grayos (***) o grecos son los *Garo* o *Grajoceli* (26.) y en la misma región, pero en la Galia citerior, *Ocelum* (Caes. *de bello Gall.* I. 10.). Me atrevo tanto menos a decidir sobre la derivación, cuanto que también en Britania se halla una punta de tierra *Ocelum* y el nombre podría bien ser céltico.

De *ara*, llanura, proceden además los *aravos*, cuyo nombre se menciona en la inscripción del puente de Trajano sobre el Tajo (Cellarius. I. 58.). *Arabriga* (Ptol. II. II. 5. p. 41.) en los lusitanos tendría que ser, puesto que con tanta frecuencia se unen en la antigua España palabras latinas e indígenas en los nombres, aquí *ara* la palabra latina. *Aracillum* (Florus. IV. 12, 49.) de los cántabros. En el nombre de los *aranditanos* (Plin. I. 229, 12.) se compone *ara* con *andia*, grande, sitio, pueblo de la gran llanura. Varias familias vascas llevan, según Artarloa (Apol. p. 230.) igual nombre. *Aratispi*

(*) N. del T.—Véase p. 504.

(**) Si en toda esta disertación sigo la costumbre latina de escribir el sonido *k* con *c*, es meramente por el motivo de que en el uso de la *k* se ve uno forzado, contra la costumbre general, a darla también a nombres latinos muy conocidos, como Kaesar augusta, lo cual manifiestamente repele.

(***) N. del T.—Los Alpes grayos o grecos se extienden desde el Doria Riparia y el puerto de mont Genève (entre Grenoble y Torino) hasta el Doria Baltea y el pequeño S. Bernardo (entre Annecy y Aosta) y desde la llanura piamontesa hasta Chisone-Moutiers al Oeste.

entre Antequera y Málaga; *ispi* es un sonido muy vasco (*). En los nombres, que meramente empiezan con *ar*, como *Arunda*, *Arunci* (Plin. I. 139, 18) en los celtas en Bética, la derivación es dudosa, pues también puede provenir de *arria*, piedra y de otras palabras.

Alavona de los vascones (Ptol. II. 6, 48.) buen sitio de pasto; *ona*, bueno, *ala-lecua* quiere decir (dialecto labortano *alhagoa*) dehesa o lugar de pasto. *Lecua* quiere decir sitio (**). Si la variante en el *Itin. Anton.* (444.) *Allobon* fuese justa, entonces sería la palabra radical vasca *albor*, campo (Proverbios de Oihenart). *Alone* (Mela. II. 6, 6.) parece en verdad el mismo nombre, pero compárese lo dicho sobre el probable origen griego por los comentadores de Mela. Sin embargo, en *Alontigiceli* y quizás también en *Alostigi* (Plin. I, 139, 10.) podría el mismo nombre estar con la terminación locativa *tegui*.

Aritium en Lusitania (*Itin. Anton.* p. 418.), de *aria*, carnero, sitio donde hay rebaños de aquél (Astarloa. Apol. p. 230).

De *arria*, piedra, con la terminación locativa *aga* procede *Arriaca* (*Itin. Anton.* p. 436.) en Carpetania. Si *Caracca* de Ptolomeo (II. 6. p. 46.) ha de ser la misma ciudad, esto es tan ciertamente una contorsión como la otra variante *Attiaca*. La misma terminación, extraordinariamente frecuente en los actuales nombres vascos, es la de *Tarraga* (Ptol. II. 6. p. 48.) en los vascos, pero su sílaba inicial no sé interpretar.

Según Astarloa (Apol. p. 232.) es *Arsa* (Ptol. II. 4. p. 40.) en Beturia (conforme al modo actual de escribir (*Arza*) de *arria* y la sílaba, que indica abundancia, pedregal.

Lo mismo explica Astarloa (Apol. p. 232.) *Artigi* (****), en que

(*) Carter: *journey from Gibraltar to Malaga*. II. 147. Carter abarca en su viaje solamente una parte muy pequeña de España, pero tiene el mérito de haber investigado en él con exactitud la situación de las antiguas ciudades y de aportar además nombres de ciudades, tomados de monedas e inscripciones y en lo demás desconocidos. Lo que he encontrado solo en él es *Aratispi*, *Cartama*, *Nescania*, *Sabora*.

(**) La palabra radical *ala*, que yo solo hallo en composición, es el latín *alere*, como *lecua* es *locus* (***).

(***) N. del T.—En el diccionario de Azkue, aparte de la misma palabra con otros significados, con el de pasto aparece como usual en alto y bajo navarro, guipuzcoano, roncales, salacenco, labortano y suletino. El verbo latino es *alo*, *alui*, *alitur*, *alere*.

(****) Las variantes en este nombre son discutidas y el *Artigi* de Ptolomeo (II. 4. p. 39) sería *Astigis* (Mannert. I. p. 317.). Pero hay en el *Itin. Anton.* (p. 416.) otra y si se comparan los pasajes, no se puede menos de tener *Artigi* por un nombre real y no una falta de escritura (Reichard, mapa, F. e.)

las sílabas finales serían la terminación locativa *tegui*. Pero dice él mismo que se podría interpretar también como *artea*, encina (en dialecto vizcayno *artia*) y *egui*, ladera, esquina de monte, borde de una cosa, como sitio en una ladera de monte con muchas encinas. En todo caso el nombre es legítimamente vasco (*).

Un nombre tan inequívocamente vasco lleva la ciudad *Aspis* (Itin. Anton. p. 401.). Parece referirse a su posición en la hondonada. Pues *aspi*, de que en el dialecto vizcayno proceden los adjetivos *aspija* y *aspicua*, quiere decir, según Astarloa, *debajo*, *abajo*, en Larramendi con ortografía cambiada como preposición *azpian* (**). Nombres parecidos son *Aspavia* (Auct. inc. de bello Hispan. 24.) y *Aspaluca* (Itin. Anton. 453.). En la terminación de la última cree Wesseling reconocer el latín *lucus*. Pero parece más bien ser el euskera *lecu*, que forma compuestos con frecuencia.

Attacum de los celtíberos (Ptol. II. 6. p. 46.), *Attubi* (Plin. I. 139 p. 6.) y *Attegua* (Dio Cassius. XLIII. 33.) en la Bética recuer-

(*) La palabra *egui* no se halla en Larramendi y en cambio sí en el diccionario manuscrito *heguia*, *bord*, *montagne*. Este caso frecuente de que este diccionario escrito en dialecto labortano traiga palabras, que Astarloa, que se sirve del vizcayno, nos comunica y que faltan en el Lexicon de Larramendi, fundado en el dialecto guipuzcoano, demuestra que, como yo también oí a menudo en el país, los dialectos de los lugares más alejados son más semejantes en el uso de algunas palabras no corrientes en general, que no los más próximos, que se repelen recíprocamente por celos de vecindad; pero al mismo tiempo muestra también, que es una pérdida para el conocimiento del idioma en su totalidad, el que el digno Astarloa todavía no pudiera publicar sus recopilaciones (**).

(**) N. del T.—El diccionario trilingüe de Larramendi (1745) dice en la p. 32 de la segunda numeración, renglón 40 de la primera columna: Ladera de monte, *eguiya*, *aldapa*, *aldatsa* Lat. Clivus.

(***) Astarloa distingue (Apol. 34.) entre *be* y *aspi*. La primera debe indicar un bajo *superficial*, la última la profundidad, en que se halla un cuerpo, si está oprimido por otro o tenido debajo. Con todo esta diferencia sutil no parece haber pasado en todas partes al uso, pues Larramendi dice tanto *cerupean*, como *ceruaren azpian*, bajo el cielo. *Aspi* y *azpian* están, sin embargo, compuestos con *pi* (equivalente a *pe* y *be*). Los ejemplos de Larramendi demuestran, que *pe-an* o *pi-an* se usa como afijo inseparable, *azpian* en cambio como preposición independiente, que rige al genitivo. Según esto aparece *azpian* como una combinación de aquel afijo con un nombre propio, que en junto vienen a ser de nuevo una preposición. En este nombre *as* y *az* está, aún según esto, como una idea accesoria que, según la analogía de otras palabras, que sería prolijo el aducir, parece ser la de presión, atasco (****).

(****) N. del T.—Sin embargo, sería difícil conostrar tal sentido con el apelativo de caserío *azpikoa* para distinguirlo de *garaikoa*, *erdikoa* y *barrenengoa*. Aquí *azpikoa* está detrás, pero no más abajo, de *erdikoa* o *garaikoa*. El que Humboldt llame preposición a lo que en euskera es posición se debe a que emplea en alemán una palabra latina, con lo que no choca a su imaginación lo contradictorio entre el nombre y el objeto.

dan *atea*, puerta y *atarbea*, techado, en donde la sílaba radical me parece ser también *at*.

Balda (Ptol. II. 4. p. 39) en los túrdulos. No sabría yo indicar una etimología, pero varias localidades actuales parecen llevar estos nombres (Astarloa. Apol. p. 234.).

Balsa en la Bética (Plin. I. 229, 3.) y *Balsio* de los vascos (*Itin. Anton.* 443.) de *balsatu*. Este verbo quiere decir reunir, es emparentado con *bildu* y se usa en activo y neutro. La idea intermedia entre la palabra y el nombre puede también ser aquí la de la reunión de ciudades. El mismo verbo se usa, sin embargo, también del agua que confluye en un pantano, estanque, *balsa* (de donde probablemente el castellano *rebalsar*) y así pueden los lugares nombrarse también por su situación.

Barnacis de los carpetanos (Ptol. II. 6. p. 46.) de *barnacoya*, profundo, probablemente a causa de la situación profunda entre montañas. *Barna*, *barrena* quiere decir dentro, interior, y por esto se expresa en las palabras derivadas *profundidad*, y *penetración en ella*.

De otra forma de la misma palabra radical, a saber de *barruan*, dentro, parecen derivar los nombres de ciudades *Barrum* de los galaicos (mapa de Reichard. A. b.) y *Barea* en la Bética (Plin. I. 140, 29.) *Barrumbea* quiere decir según Larramendi *techo*. Pero aquí no se trata precisamente del techo, sino de acogida u hospedaje, pues la frase vasca completa *es echa barrumbea eman*, dar casa albergue. También pertenece aquí *barruquea*, aunque solo por la primera parte, explicado en el diccionario manuscrito de París por *toit á vaches*, pero también por *parc a métre cet*. En todo caso no hay que dejar de considerar, que entre las palabras con una y con dos *r* hay una diferencia importante de pronunciación. Solo que *Barea* se dice en una variante de Ptolomeo también *Barda* (II. 4. p. 39.).

Dejo sin resolver si otros nombres, que empiezan con *Bar*, como *Barcino*, *Bardo*, etc., tienen la misma derivación. Es tanto más difícil la derivación segura de estas palabras, cuanto que también *barria*, nuevo, podría incluirse en su nombre (*).

El de los astures *bedunesios* (Ptol. II. 6. p. 44.) se deriva de *be*, bajo y *une*, *unia* (**) región (Astarloa, Apol. p. 235.).

(*) N. del T.—Como adjetivo me parece imposible; que se transformase en prefijo.

(**) También esta palabra falta en Larramendi con esta significación. El diccionario manuscrito tiene, con *g* precedente, *gunea*.

Bibilis en Celtiberia (*Itin. Anton.* 437.), así como la actual *Bilbao*, procede indiscutiblemente de la sílaba radical *pil, bil*. De la primera viene *pillatu*, de la segunda *bildu*, ambas en el sentido de acumular, pero en *bildu* también reunir, cosechar y reunirse, congregarse, asociarse. Esta derivación se acomoda muy naturalmente a ciudades, como lugares de reunión. Solo que la segunda *b* en ambos nombres, en el actual como *ba*, indica la preposición *bajo*, así que podría indicar *pilla*, cúmulo, aquí como monte y el nombre señalar la situación de las localidades. Bilbao esta en realidad al pie de montañas. Sin embargo, hay también un derivado de *bildu*, *biribillatu* con el mismo sentido, que solo es un refuerzo de la palabra sencilla, pues en *biri* solo se añade la idea de rodeo, redondez (reunirse en una bola, un corro); *r* y *l* se transmutan con frecuencia.

Bortinae en Vescitania (*Itin. Anton.* 451.) quizás de *borda*, alquería. Pero como también está escrito *Burtina*, podría también derivar el nombre, como *Burdua* en Lusitania (Ptol. II. 5. p. 41.), de *burdina*, hierro.

En *Burum* de los galaicos (Ptol. II. 6. p. 43.) y *Buresca* (la forma más sencilla y de sonido vasco de *Virovesca*, Otol. II. 6. p. 45. *Itin. Anton.* 394.) puede estar *burua*, cabeza, que también se usa metafóricamente, en *Buruesca* con el nombre de los *eskos* (18.), capital de los vascos. Era posible que también ciudades menos importantes obtuviesen tal denominación en diferentes épocas, y en relación a pequeñas tribus (que también podían llevar nombre general).

En *Carabis* de los celtíberos (Appiano. VI. 43.) se reconoce el vasco *gaya*, altura, cumbre, Dejo sin resolver, si la terminación procede de *bi*. Se halla más amenudo, como en *Telobis* (Tol. II. 6. p. 48.).

Caviculum, el vasco *Cavidum* (11.), de *cabia*, nido. En la palabra, que pasa con aspirada reforzada por las formas *abia*, *habia* y *cabia*, no hay ninguna idea accesoria referente a aves, sino a la sola idea de acoger, abarcar, de modo que se emparenta con *καπτω, capio*, *happen*, etc. Por esto se emplea también en derivados, como colmenas.

El nombre de la orilla *Corénsica* en Plinio (I. 136, 16.), que según otros manuscritos dice *Curénsica*, tengo por indígena, que contiene una palabra, a la vez radical vasca y latina (*). Plinio menciona

(*) Hay no pocos casos, en que la comparación de ambos idiomas conduce a raíces comunes. Se dividen en dos clases; palabras, que también

el aspecto arqueado de esta orilla y *gur*, *cur* es la sílaba radical, que en euskera (como *curvus* en latín) significa curvo. En las palabras *in-guruan*, alrededor, y *ma-curra*, curvo, como en varios derivados, es esto manifiesto (*). Los *Curgonios*, según otras variantes *gurgonios* (Florus, IV. 12, 47.), *Curnonium* (Ptol. II. 6. p. 48.) en Vasconia, y *Curgia* (**) en los celtas de Bética (Ptol. II. 4. p. 40.) demuestran la frecuencia de este radical en los nombres de lugar ibéricos.

El pueblo de los *conios* o, como parece más justo, conforme a la etimología vasca y la transformación en *Kynetes* y *Cuneus*, los *cunios* (3.), se puede derivar de la palabra *gun*, *güena*, el último (Astarloa. Apol. 278.), pues efectivamente habitaban en el último extremo de la tierra. La palabra no se halla en esta forma en mis diccionarios; pero según Larramendi se dice el último *az-quena*, en donde las sílabas finales parecen ser *güena* de Astarloa. Sobre los compuestos de este nombre *Cunistorgis*, *Cunbaria* (quizás para distinguir de otro *Baria*, el más extremo), *Conimbrica* véase el § 19.

La montaña vascona *Edulius* (Ptol. II. 6. p. 43. Mannert I. 375) puede derivarse de *edurra*, nieve, contraída con la sílaba local *ola*. Según Larramendi se dice la nieve *elurra*, pero en los papeles manuscritos de Astarloa hallo expresamente también las formas *eurra*, *erurra* y *edurra*.

En *Egosa* de los castellanos (Ptol. II. 6. p. 43.) parece estar

son comunes al griego, como *curvus*, *κῤυρτός*, y las que no se hallan en griego, como *urbs*, *uria*. Para investigar las fuentes propias del idioma latino sería muy necesaria una investigación de aquellas palabras, que no se pueden derivar del griego más que forzadamente. Compárese sobre esto Lanzi en su *Saggio di lingua Etrusca*. T. I. p. 440. §. 31, etc. En una mera revista del *Etymologicum* de Voss se dan en seguida; pues se divisa pronto, dónde la interpretación del hombre letrado no gana ningún verdadero éxito. Una criba crítica tal de lo fácil y difícil de etimologizar en griego (donde la etimologización en este sentido se tendría que limitar sobre todo a la rebusca de la analogía interna, para hallar aquellas palabras, para las que no se pueda demostrar buenamente tal cosa), en el latín y los idiomas hijos del latín sería uno de los preparativos más importantes para la historia de estos idiomas. En el caso presente pueden ser fácilmente las radicales *gur*, *curvus* y *uria*, *urbs* las mismas, como ya se ha hecho notar en otra parte la conexión entre *urbs* y *orbis*.

(*) Compárese el registro de palabras en mis adiciones al *Mithridates* v. *gurtu*, *agurea* (I). Pues se halla en algunas monedas una ciudad, por lo demás desconocida, *Coere* o *Coero*, cree Sestini (*descriz. delle med. Isp nel Museo Hedervariano*, p. 5.) que esta ciudad ha dado el nombre al *litus Coreense*. Sin embargo, esta conjetura no se confirma por nada.

(I) Comp. Tomo 3, 239, 229, de las obras de Humboldt.

(**) El nombre es dudoso, pues (Harduin *ad Plin.* I. 139. nt. 26.) algunas ediciones tienen *Turiga*.

ego-itza, el sitio de estancia, de *egon*, estar, detenerse. *Ego-varri* de los galaicos (Plin. I. 227, 7.) es, según igual etimología, nuevo sitio de estancia. Solo el río *Ego* (mapa de Reichard. A. c.) parece estorbar a esta derivación, si no toma el nombre de la ciudad (*).

El nombre de los *egurres* (Ptol. II. 6. p. 44.), tribu de los astures, recuerda a *egurra*, en euskera leña; pero como esta palabra no se usa para el leño en vivo, sino para el cortado, tengo escrúpulos para esta derivación.

La etimología de *Esuris* se ha dado más arriba (14.) principalmente respecto de la terminación. La sílaba inicial creo reconocer en *Escua* (Plin. I. 138, 1.) en la Bética (**) y *Escadia* (Ἐίσκαδία) de Appiano (VI. 68.), si no es el mismo lugar (Mannert. I. 317.). *Esi-tu* se dice por cerrar un lugar abierto, de donde viene el sustantivo *esia*, el vallado. El mismo sustantivo debe, sin embargo, haberse usado para las casas. Esto muestra, aunque ninguno de los diccionarios lo diga, la analogía de *ichi*, equivalente a *esitu*, de donde *ichea*, *echea*, la casa y las palabras *es-caratza*, sitio ante la casa y hogar, y *es-cortea*, corral. Puesto que *caraza* expresa ocasión para algo y solo puede conservar aquella determinada significación en combinación con la idea de casa. *Cortea* o *gortea* (quizás derivado del castellano) quiere decir corral o patio. En aquel nombre se expresa, según esto, lo peculiar de todas las ciudades, la inclusión de la plaza libre en casas y muros. La terminación de *Es-cu-a* es la sílaba adjetiva *co*, que en el dialecto vizcayno, en combinación con el artículo, hace *cua*. En *Es-ca-di-a* es la sílaba locativa *di* y *ca* añadida al sustantivo para indicar, que sucede con y por ellas.

Ildum en la costa meridional de la Tarraconense (*Itin. Anton.* p. 399.) de *hildoa*, surco. Si se puede fiar en el descifrado de Sestini para el escrito llamado celtibérico (*descr. delle med. Isp. nel Mus. Hederv.* p. 157.), así se llama la ciudad sobre una moneda *Ild-uri*, ciudad del surco, ciudad agrícola.

Illunum de los bastetanos (Ptol. II. 6. p. 47.) de *illuna*, oscuro, negro, también cielo nublado.

(*) N. del T.—Supuesto que no confundamos el río Eo de la provincia de Lugo con el de Ermua, Eibar y Malzaga.

(**) Sestini (*descr. delle med. Isp. nel Mus. Hederv.* p. 27.) presenta la conjetura, a mi entender poco fundada, de que la ciudad quizás se llamase *Ascua* y que se podrían referir a ella las monedas con la inscripción *Ascui*. En todo este artículo no menciona la ciudad carpetana *Ascua* citada por Livius (XXIII. 27.), probablemente porque estas monedas son cartaginesas y no es verosímil, que se hubieran acuñado allí.

Istonium en Celtiberia (Ptol. II. 6. p. 46.) de *istilia*, laguna, pantano (castellana charca). La terminación es *ona*, o más bien *unium* de *unea*, región, el sitio de las lagunas.

Laberris en Asturias (Ptol. II. 6. p. 44.) lo traigo más por *Asce-rris* (13.), pues tiene la misma terminación. Puesto que la etimología de Astarloa (Apol. p. 241) para las sílabas iniciales, como de *labea*, horno es inverosímil. En una moneda con inscripción desconocida quiere Erro (Alfab. p. 282) haber hallado *Otzerrri*, que sería euskera y querría decir lugar frío.

Lambrica, *Flavia Lambris* (24.) de *lamboa*, *lambroa*, llovizna, bruma (fnc. *brouée*), traducido también en el diccionario manuscrito de París por *obscurité*, *nuage*. La denominación se acomoda a la situación montañosa septentrional.

El promontorio de los galaicos *Lapatia* (Ptol. II. 6. p. 42.) se deriva de *lapa*, molusco, que se adhiere a la peñas y la sílaba final *tza*, que indica abundancia (Astarloa, Apol. p. 241) (*).

El río *Larnum*, los *larnenses* (Plin. I. 142, 1. 143, 2.) en los lalantanos, y una ciudad *Larna* en Celtiberia (mapa de Reichard B. g.) de *larrea*, dehesa, páramo, pastizal, que probablemente hubo en estas regiones. *Larrea* mismo viene de *larri-tu*, crecer, de donde también el otoño *lar-azquena*, la última (estación) del crecimiento.

Lastigi (Plin. I. 140, 1.) en la Bética recuerda, sin que pueda indicar, con todo, como una etimología a mi parecer segura, a *lasta*, guijo, que se usa para lastre de los buques, o a *lastoa*, paja, que podría referirse al género de construcción, pues *last-ola* se dice una choza de paja. La terminación es el afijo local *teguia*.

Lavara en Lusitania (Ptol. II. 6. p. 41.) de *lauba*, llano, plano, de donde el adverbio *laubaro*.

De las sílabas finales de *Leo-n-ica* se hablará en el § 20. Las sílabas iniciales pueden derivarse de *leorra*, *seco*, árido, *leorpea* (en castellano *tinada*) cobertizo al aire libre para los rebaños, o *leuna*, liso. Prefiero el último, como el más fácil, ciudad del repecho (*ica*) liso.

Lissa de los yacetas (Ptol. II. 6. p. 48) de *liz-arra* (dialeto labortano *leiz-arra*), fresno. Pondría quizás algún reparo al traer esta etimología, que puede parecer arbitraria, si no hubiera otros

(*) N. del T.—Aparte de que Astarloa y Humboldt llamasen pescado a las lapas hay que anotar que el primero admite, que pueda no tratarse del marisco, sino de la planta llamada en castellano bardana; sin embargo, en un promontorio, al menos donde llega la marea, puede haber muchas lapas mariscos, pero las bardanas donde abundan es cerca de apriscos.

dos lugares en Iberia, que se llamasen *Fraxinus*, uno en Lusitania y otro en los bastetanos (*Itin. Anton.* 420. 404.).

Lobetum (Ptol. II. 6. p. 47.) en las cercanías de Celtiberia, y *Lubia* de los arevacos pueden venir de *lobioa*, majada o corral de bestias según el diccionario manuscrito de París, o de *lubeta*, terraplén, de *lurra*, tierra. A mí me parece lo primero más verosímil, pues las ciudades en los primeros tiempos no eran más que lugares cerrados para albergar personas y rebaños.

Lucentum (Plin. I. 141, 2.) puede venir de *lucea*, largo, extenso, si el nombre es en realidad de origen indígena (*). Del de los lucences de Galicia (Plin. I. 144, 10.) es de dudar, pues su capital se llamaba *Lucus Augusti*.

Malia de los arevacos (Appiano. VI. 77, 86.) *Maliaca* de los astures (Ptol. II. 6. p. 44.) y *Malaca* en la Bética (*Itin. Anton.* 405) son, las dos últimas con la terminación locativa *ata*, palabras puramente vascas de *mal-carra*, terreno escabroso. Esta significación de la sílaba radical muestran además *malda*, cuesta según el diccionario manuscrito de París, *malla*, escalón, y el adjetivo *malcorra*, áspero, escabroso, en que se ha de buscar la primitiva significación. *Malceca* en Lusitania (*Itin. Anton.* 417.) pertenece probablemente también aquí, solo que no conozco la terminación.

El río *Mearus* en los galaicos en la costa noroeste (Mela. III 1. 9.), en Ptolomeo (II. 6. p. 42. al que sigue Reichard en su mapa A. b.) *Metarus*, de *mea*, de modo que la variante de Mela parece según la etimología la mejor. *Mea* (dialecto labortano *mehea*) quiere decir estrecho, flojo y hueco en oposición a lo ancho y denso, de aquí fino, delgado (en castellano *ralo*, *claro*, *angosto*, en francés *mince*, *menu*). Como la palabra puede abarcar en sí la idea de hueco y estrecho, se usa para las venas o filones de mineral *me-atzca* en la mina. En sentido semejante se acomoda al cauce estrecho de un riachuelo. Al mismo radical refiero, ya que *mea* en dialecto vizcayno es *mia*, *Miacum* en Carpetania (*Itin. Anton.* 435.), donde fácilmente pudo haber minas. En cuanto al río *Minius* noto solamente que, según los sonidos, la misma derivación sería admisible, pues *mihia*, lengua, pertenece al mismo radical primitivo, y se llama así por su forma, y también *miña*, de donde *mintza*, la palabra. Astarloa (Apol. 254.) deriva el nombre de *Mi-ni-us*, solo que con la diferencia, de que en la segunda sílaba quiere hallar la terminación diminutiva

(*) N. del T.— *Lucentum* se ha de leer *Lukentum* y *lucea* se ha de leer *luzea*; de donde se deduce que el autor olvida aquí sus propias reglas.

ño. Para la alteración de *me* en *mi* aduce varios nombres actuales *Moron* (*) y *Morosgi* (Plin. I. 227, 2.) de *morutu* (que sin más alteración que la de una vocal pertenece a *murua*) acumular. El sustantivo de aquí derivado *mortua* se usa para montañas las más altas. El diccionario manuscrito de París traduce la palabra *Monts Pyrénées* y añade en seguida el adjetivo: *mortuco chirripac, les sources d'eau és hautes montagnes*. Si en Larramendi *mortua* quiere decir desierto, ello es una significación derivada. Aquellos nombres proceden, pues de la situación en montañas y en *Morosgi* es la sílaba final *gi*, que ya con frecuencia aparece como tal, y la *s*, si se hubiera de explicar aisladamente, podría ser la *z* del genitivo.

Munda en la Bética (Plin. I. 139, 7.), el río del mismo nombre en Lusitania (1. c. 228, 18.) y *Mundobriga* de *munoa*, colina. En el dialecto labortano se dice *monhoa, monhua, montoa*, y es por tanto igual escribir el nombre Monda (**)

(Continuará)

(*) La situación de esta ciudad, solo mencionada en Strabo (III. 3. p. 152.), es muy discutida. Mannert y el traductor parisiense de Strabo la colocan, como también parece deducirse de la conexión del pasaje de Strabo, junto al Tajo, solo que el primero en varias ediciones de su obra (I. 328, I. 346.) en diferentes sitios. En el mapa de Reichard (F. c.) está junto al Anas. Quizás creyó que solo podría estar en aquel sitio, tal como lo nombra Strabo, un sitio del que Brutus emprendió contra los lusitanos y no junto al Tajo, donde hubiese estado en medio de éstos. En todo caso es singular y todo el pasaje de Strabo muy echado a perder.

(**) Las palabras vascas, que significan *monte* son muy numerosas en sus formas y solo con *m* aparecen las sílabas radicales *mal, mul, men, mon, mun*. Si se tiene en cuenta la inseguridad de las etimologías del latín *mons* a partir del griego, se inclinará uno mucho a tener esta palabra como de origen vasco.